

LA DESHUMANIZACIÓN COMO CONTROL SOCIAL A PARTIR DE LA DISTOPÍA *EL
DESMEMORIADO* DE FABIO MARTÍNEZ



VALENTINA BASTIDAS BLANDON

VIVIANA ANDREA RODRÍGUEZ LLANTÉN

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

PROGRAMA DE LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

POPAYÁN

2020

LA DESHUMANIZACIÓN COMO CONTROL SOCIAL A PARTIR DE LA DISTOPÍA *EL
DESMEMORIADO* DE FABIO MARTÍNEZ

VALENTINA BASTIDAS BLANDON

VIVIANA ANDREA RODRÍGUEZ LLANTÉN

Monografía presentada como requisito para optar el título de Licenciadas en Literatura y
Lengua Castellana

DIRECTOR

MAG. ÁLVARO LUCIANO RIVERA ROJAS

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

PROGRAMA DE LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

POPAYÁN

2020

*Los hombres luchamos nueve meses por querer salir del útero materno y toda la vida por
querer entrar.*

Martínez (2014, p. 119)

	4
Fabio Martínez: un acercamiento a la ciencia ficción	8
Inducción a la deshumanización	15
La ciencia: una columna para la deshumanización	17
La muerte de la naturaleza: un síntoma de la deshumanización	18
Hombre-cosa u Hombre-escarabajo.....	23
Ciudad antisoledad y antideshumanización	26
Ícarobot: el gran debate del siglo XXI.....	29
Sociedad de masas: nunca somos lo que creemos ser.....	29
Tecnología: manipulación y desigualdad.....	37
Distopía: indicio de una sociedad en crisis	45
Sociedad ficticia: futura o recreada.....	47
Evolución tecnológica y científica.....	49
Sistema dictador: el poder confinado.....	50
Deshumanización: prohibición sexual y eliminación histórica	51
La confrontación: estado vs. rebelión	54
Desenlace negativo ¿única solución posible?	55
Entonces... ¿para qué la distopía?	57
Conclusión	59
Referencias.....	62

Introducción

El siglo XX, el mató a Dios; en el siglo XXI el hombre mató al hombre.

Martínez (2014, p. 110).

Durante siglos el mundo ha sido minuciosamente controlado bajo parámetros sociales que exigen un determinado comportamiento y modo de ser ante una colectividad que, al mismo tiempo, es igualmente manipulada. Dicha situación se evidencia en la novela *El desmemoriado*, obra publicada en el año 2014 por el autor caleño Fabio Martínez, en donde se desarrolla una crítica a partir del estado deshumanizador, generado por un control tecnológico que domina a una ciudad: Bogotá, proyectada en el año 2068.

En esta investigación se analiza, en específico, la relación entre los conceptos ‘deshumanización’, ‘control social’ y ‘distopía’, términos ya establecidos en obras previas, tales como *1984* de George Orwell (1949), *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (1932) y *La metamorfosis* de Franz Kafka (1915). Si bien cada autor lo maneja de manera distinta en sus correspondientes textos, estos conceptos se interrelacionan en una sola intención: la crítica al mundo moderno a causa del evidente estado de deshumanización social, donde comienzan a surgir imaginarios ficticios que rechazan los modelos opresores surgidos en determinados periodos históricos. En este sentido, surge el término distopía, cuya definición se ve evidenciada en la novela al relacionar los tópicos mencionados, proporcionando nuevas visiones sobre las prácticas sociales y políticas que demarcan comportamientos aparentemente modernos que parecen revolucionar el mundo, pero que, de manera paralela, lo destruyen.

De esta forma, ¿cómo se introduce el fenómeno de la deshumanización en el centro de la sociedad distópica en la novela *El desmemoriado* (2014) de Fabio Martínez? Se podría comenzar con la hipótesis de que la decepción infranqueable de crear la necesidad de construir otros

universos aparece cuando el resultado de esta utopía es un descontento social, una especie de desequilibrio filantrópico, un ideal de patria corrompido y conquistado por los afanes comerciales de entretener a una colectividad que cada vez está más arraigada al consumismo y aniquilación de mentes. A este respecto, *El desmemoriado*, más allá de evidenciar el dominio desmesurado por parte de la era industrial en la psique humana, lo que quiere sugerir es la deshumanización confirmada en un país que ha bebido solo sangre y se ha bañado con la miseria de los más desprotegidos.

Este trabajo se desarrolla a través de dos capítulos. En el primero se analiza el concepto de deshumanización, su surgimiento y las consecuencias dentro de la sociedad recreada por la estética fabiana. El segundo acápite desemboca en la relación del término desarrollado en el primer capítulo con los conceptos restantes que, juntos, reconocen el papel que juega la tecnología dentro de la política de control de masas, con el fin de analizar el cómo y el por qué se presenta y se aplica el fenómeno de la deshumanización y lo que entendemos de ella en la novela distópica.

La crítica que pretende dar el escritor es totalmente sensitiva, dolorosa, no por predecir un futuro acertado, sino por confirmar que ese futuro ya es algo que se está viviendo. En esto radica la importancia de nuestra investigación, al hablar de estados de consciencia que debemos comenzar a generarnos para saber que crear un mejor futuro depende de las acciones del presente, de recuperar una memoria que se nos ha arrebatado salvajemente, memoria que se convierte en el único instrumento de protección bajo un mundo caótico que se complace en autodestruirse, para que en una posteridad proyectada en el 2068 sea una sociedad realmente humanizada.

Interpretar la novela *El desmemoriado* nos ha hecho sentir capaces de desdoblarnos para vernos desde lejos como seres etéreos conscientes para vislumbrar y descubrir quiénes somos

realmente, qué papel cumplimos en este mundo, qué clase de protagonistas o antagonistas somos y qué estamos haciendo para ser considerados como seres humanos. Lo invitamos a usted, futuro distópico lector, a que acepte con humildad estas páginas en sus manos y que permita que las ideas que aquí adjuntamos menoscaben un poco en los rincones de sus más ocultos recuerdos y lo haga encontrar sus verdaderas raíces. Esa es la respuesta a todos los cuestionamientos que se ha estado realizando en su vida. Esperamos, veraz y dignamente, que nunca asuma la etiqueta de desmemoriado. ¡Bienvenido!

Fabio Martínez: un acercamiento a la ciencia ficción

El desmemoriado es una novela de ciencia ficción, publicada en el año 2014, que llega a convertirse en una de las pocas obras dirigida a un público que ansía un contenido literario diferente al comercial, normalmente vendido en un país subdesarrollado. Su autor, Fabio Martínez, nacido en la colina de San Antonio, en el Valle del Cauca, se convierte en escritor gracias a la influencia de su abuelo materno,¹ Agustín Martínez Sanabria, fundador de las Imprentas Martínez en la ciudad de Cali, quien siempre regalaba a su nieto ejemplares de las revistas que acostumbraba a imprimir durante su oficio. Aunado a esto, la literatura siempre se convirtió en un margen de acierto, encontrado en la biblioteca que su familia tenía; no había opción, Martínez debía ser escritor.

Con el tiempo, realizó estudios tales como la Maestría en Estudios Iberoamericanos, en la Universidad de la Sorbona en París, y el Doctorado en Semiología, en la Universidad de Quebec de Montreal en Canadá, para desempeñarse actualmente como director del Programa de Literatura de la Universidad del Valle y contribuyendo al periódico *El Tiempo* como columnista. A pesar de ser reconocido por haber escrito novelas de ciudad, tales como *Pablo Baal y los hombres invisibles* (2003), desarrollada en Cali, y *Un habitante del séptimo cielo* (2011), escrita en París, Fabio decide adentrarse en la atmósfera de la ciencia ficción publicando *El desmemoriado*. Su empeño por verla realizada se basó en el deseo por hacer una novela sobre la ciudad de Bogotá, al ser esta su casa por tantos años, en donde trabajó como docente de la Universidad Externado de Colombia.

¹ La presencia de la figura paterna en Latinoamérica recobra importancia en la escritura de Fabio Martínez, siendo el incentivo propicio para su carrera como escritor. Por otra parte, la usual ausencia masculina autoritaria en las diversas novelas latinoamericanas pudo ser la causante de que en ellas la búsqueda por el padre sea aún una variante constante en sus historias.

Según el autor, Popayán, Tunja y Bogotá son ciudades góticas que se asemejan a las casonas de la Edad Media, por lo cual, sus espacios pasarían a ser aquellos que eviten a toda costa un nuevo paradigma literario, como lo es la distopía. Desde allí, comienza a fundamentarse la crítica que Martínez plantea en *El desmemoriado*, al contemplarse este tipo de espacios como aquellos en los que efectivamente se debe sedimentar una novela de ciencia ficción que desvirtúe el conservadurismo colonial implantado en una sociedad como Colombia. Sin embargo, instituir este tipo de género literario en el país ha sido un reto grande que pocos escritores se han comprometido a emprender, puesto que tiene un prestigio dudoso al suponer que el escritor, al hacer este tipo de textos, está evadiendo la realidad. No obstante, cuando Fabio escribió esta novela comprendió que su contenido y temática tenían más vigencia que nunca al revelar en ella los desequilibrios sociales causados por la cuarta Revolución Industrial, en la que la tecnología le ha dado muerte a la humanidad.

El desmemoriado es una novela categorizada dentro de la ciencia ficción. Partiendo desde este punto, es relevante realizar una breve investigación sobre el surgimiento de este tipo de literatura que, así como muchas otras categorizaciones, ha tenido múltiples debates teóricos para poder ser clasificada. El término apareció por primera vez en la revista americana *Amazing stories* en 1926, en donde el escritor Hugo Gernsback utilizó las palabras “*science fiction*” para referirse a relatos fantásticos de viajes o historias futuristas, de ahí en adelante el mundo literario empezó a emplearla. Sin embargo, es un término que carece de estabilidad, como bien lo anuncia el docente y ensayista italiano Pablo Capanna en su libro *El sentido de la ciencia ficción*:

Tanto los aficionados como los expertos y críticos, perennemente disconformes con esta designación, no han sabido hallar un término que se adapte mejor a una literatura tan compleja

y de niveles tan desiguales. Cabe pensar que, aunque existiera un tal término, sería ya imposible imponerlo. (Capanna, 1966, p. 11)

No obstante, el nacimiento del término no define el surgimiento de esta escritura, concentrada en alejarse de la realidad y en mostrarnos otros mundos recreados. Se presentó en el siglo VII a. C. con el poema épico de Homero: la *Odisea*, en la que en uno de sus cantos se relata el descenso de Ulises al Hades, lugar donde se hallan las almas de los muertos. De igual manera, en el siglo XIV d. C., Dante Alighieri, en la *Divina comedia*, describe tres lugares no tangibles: el inframundo, el purgatorio y el paraíso. A pesar de esto, se necesita la implementación de la ciencia, de la tecnología y de los *mass media* para el surgimiento de las historias particulares llamadas ciencia ficción, y esto no fue posible hasta el estallido de la primera Revolución Industrial, cuando se pasa de una civilización rural a una de industrias y tecnología, tal y como lo describe Berman (2001) en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*:

Un paisaje de máquinas de vapor, fábricas automáticas, vías férreas, nuevas y vastas zonas industriales; de ciudades rebosantes que han crecido de la noche a la mañana, frecuentemente con consecuencias humanas pavorosas; de diarios, telegramas, telégrafos, teléfonos y otros mecanismos de comunicación de masas que informan a una escala cada vez más amplia.

(Berman, 2001, p. 5)

Posterior a este periodo, empiezan a aparecer en las novelas y cuentos elementos como el desarrollo de las tecnologías en la vida humana; por ejemplo, la existencia y el control de la tecnología reproductiva en *Un mundo Feliz* (1932) de Aldous Huxley, la inquietud sobre la posible destrucción de la humanidad, como se demuestra con la quema de libros en la novela norteamericana *Fahrenheit 451* (1953) de Ray Brathbury, y la alienación provocada por los medios

masivos de comunicación en manos de gobiernos totalitarios, situación presente en el libro *1984* (1949) de George Orwell, antecedentes en las lecturas realizadas por Fabio Martínez.

En cuanto a la literatura de ciencia ficción en Latinoamérica, es interesante destacar la gran ausencia o tardanza de su surgimiento, así como el género distópico, el cual no se aborda con frecuencia en este tipo de escenario, a pesar de ser el que más puede originarla. Entre los siglos XX y XXI se manifiestan escasamente las novelas de este género, y no es coincidencia que su aparición concuerde con el estallido de las nuevas tecnologías y los *mass media*. Todo esto conllevó que el mundo literario se adentrara en estas categorías, pero cuando centramos nuestra mirada en Latinoamérica, son realmente muy pocas las novelas que se atrevieron a incluirse en esta ola de la crítica moderna.

La situación social de finales del siglo XX en Colombia se encontraba específicamente en un momento de crisis con la creación de grupos guerrilleros y extremistas, coyuntura que incrementó la violencia en el país y que, ulteriormente, se evidenció en muchas obras literarias, encontrando así una escritura y reflexión sobre los sucesos del presente y las preocupaciones que en ese momento tenía la sociedad, como la constante búsqueda, no solo en Colombia, sino en toda Latinoamérica, de una identidad ultrajada y confusa que provocó el surgimiento de muchas obras literarias que reconstruían un pasado. Se puede comprender, por lo tanto, que las novelas que indagarían un futuro, en el que abarcarían temas como la tecnología, no fueran del todo populares, ni se convirtieran en una prioridad para la sociedad colombiana de ese entonces.

Dicho lo anterior, se debe aclarar que la convicción que tienen ciertos lectores sobre el carácter evasivo y de fuga frente a la realidad, que supuestamente algunos textos fantásticos y futuristas proponen, es impreciso y hasta falso. En estas novelas podemos resaltar una crítica constante a la

realidad misma, solo que esta suele verse desde un punto de vista más universal que regional, como el papel de la tecnología, comprendido, no solo en Colombia, sino en el mundo, donde la pregunta ¿qué pasará dentro de unos años con el avance tecnológico? es formulada por millones de personas, independientes de su nacionalidad, y que esta vez es respondida por un novelista caleño.

En otro orden de ideas, la generación del novelista Martínez se encaminó en la creación de novelas, cuya intención escritural conllevara un tipo de narrativa comercial, por lo que las temáticas desarrolladas eran protagonizadas por relatos que atraían la atención de un público generalizado como consumidor masivo de mero entretenimiento, de modo que los libros publicados se convirtieran en ejes de la industria literaria, e incluso cinematográfica o televisiva, cuyo resultado final fuera el de ser convertidos en *best sellers*. Sin embargo, los argumentos de Fabio difieren en gran medida de esta situación; la justificación de su literatura estaba dirigida a una crítica igualmente social, como la planteada por algunos escritores de su generación. La estética fabiana procura evitar la creación de estrategias mercantiles que alienen el ojo lector, con el fin de reducirlo al sopor de una experiencia meramente recreativa. Su estética procura aliviar el disgusto social producido por una modernidad que, avasallante, reformuló las ideas a una noción completamente distinta de lo que realmente era el concepto de lo moderno.

En este sentido, obras literarias como *Pablo Baal y los hombres invisibles* (2003) y *Un habitante del séptimo cielo* (2011), escritas también por el autor caleño, sirven como antecedentes y también como sospecha de lo que el escritor quería expresar finalmente en *El desmemoriado*. Una de estas obras fue considerada en su momento como ciencia ficción, gracias a los tintes fantásticos que acarrearaban los personajes y sus actos, así como el ambiente de carnavalización situado en sus ciudades, como forma de representar la sátira en su máxima expresión. Es en esta medida que se comienza a ver reflejada la relación entre la realidad literaria del escritor y la realidad social que

en esa época estaba asumiendo el país, particularmente el Valle del Cauca, lugar pertinente para contar las peripecias, al mismo tiempo que se las critica.

En la primera obra mencionada, *Pablo Baal y los hombres invisibles* (2003), el autor comienza a insinuar su preocupación por la rapidez en la que avanzan los procesos tecnológicos, cuya presencia comienza a afectar las relaciones sociales y la intimidad de la vida humana:

En esta época donde la proliferación de imágenes sorprende por su poder de seducción y de destrucción, y la realidad virtual avanza a pasos agigantados, hasta el punto de borrar del mapa al ser humano, es necesario que reflexionemos sobre esto antes de que desaparezcamos y el mundo sea cada vez más ajeno a nuestros deseos. ¿Se ha dado cuenta de los terribles estragos que está haciendo el Internet? La gente que vive en una misma ciudad ya ni siquiera se llama por teléfono, sino que envía un email, seguramente para no verse ni escucharse. (Martínez, 2003, p. 23)

En cuanto a su segunda publicación, *Un habitante del séptimo cielo* (2011), Fabio introduce la crítica a la existencia humana, situando a esta obra dentro de tintes filosóficos que dejan entrever el primer síntoma de un estado deshumanizante: el del vacío. “Pero eso no es lo más terrible, lo peor de todo es que tú ignoras el origen de tu odio, de tu malestar, y no sabes a quién achacárselo” (p. 60). De esta forma, el vacío se configura como una burla a ese mundo patético que se está dejando enredar entre las telarañas de la apariencia, cuya verdadera intención política es ignorada por todos, para, una vez más, ser manipulados: “en medio de ese espectáculo de colores intensos que es el otoño, siempre se mueve un hilo negro e invisible, y lo peor es que tú no te das cuenta” (Martínez, 2011, p. 15).

Es evidente que Fabio Martínez en estas creaciones literarias viene marcando ciertos aspectos específicos, consolidados como fundamentos para la posterior escritura de *El desmemoriado*, cuya intención no es más que la de sensibilizar o al menos tratar de comprender un ritmo de vida del que ni siquiera somos conscientes que llevamos. Si este texto deja al lector con cierto desasosiego, o con una incertidumbre tal que le produce el malestar necesario para hacerle caer en cuenta que es un desmemoriado más del montón, se habrá hecho lo literariamente pertinente.

Inducción a la deshumanización

A finales de la década de los setenta, la era industrial comienza su gran auge. El afán del hombre por entrar al mercado laboral con más ahínco se posiciona en un punto en el que, al mismo tiempo que la era de la máquina hace su arribo, la era humana comienza a desmoronarse. La expectativa y final realización de la industrialización conllevó a la creación de clases sociales, la amplitud en trabajos de agricultura y al crecimiento imparable de la ciudad. Como es sabido, la mano de obra humana llegó a ser reemplazada por la maquinaria, lo que generó la nueva crisis del desempleo y el surgimiento de la crisis de la deshumanización. En este contexto, este término puede entenderse como el fin del hombre en cuanto a su sentido laboral; sin embargo, el origen que antecede a este acto tiene un sentido mucho más amplio que provoca que el sujeto llegue a cuestionarse el porqué. Parte de las respuestas que surgieron a raíz de este cuestionamiento se debieron a la interpretación de la esfera pública como punto de problematización. El individuo, al ser consciente de su nuevo estado de desprotección, en cuanto a estar desprovisto de una fuente capitalista que lo sustentara, comienza a cuestionarse el sistema de jerarquización que se había implantado en su cotidianidad y del cual no era consciente: verse inmiscuido en una relación de opresor-oprimido, sensación que comienza a generar en él cierta incomodidad, razón por la que crece dentro suyo una fuerte búsqueda por el interés privado.

De esta forma, según lo descrito por Gilles Lipovetsky en su libro *La era del vacío*:

A medida que las tierras se compran y se venden, que los bienes raíces se convierten en una realidad social largamente extendida, que se desarrollan los intercambios mercantiles, el salariado, la industrialización y los desplazamientos de la población, se produce un cambio en las relaciones del hombre con la comunidad, una mutación que puede resumirse en una palabra, individualismo, que corre paralela con una aspiración

sin precedentes por el dinero, la intimidad, el bienestar, la propiedad, la seguridad que indiscutiblemente invierte la organización social tradicional. (1983: 192)

Lo privado se convierte en el alter ego de lo individual. El egoísmo es otra forma de deshumanizarnos. En este sentido, el escritor argentino Ernesto Sábato, en su libro de ensayos *Hombres y engranajes* (1951), plantea el surgimiento de la deshumanización y lo atribuye a la era renacentista que, al ansiar un avance social, busca liberarse del yugo de la Edad Media, ya que esta, como nos ha relatado la historia, fue una época en la cual predominó el conocimiento religioso y cualquier pensamiento disidente era castigado; el resultado: una sociedad mutilada con sed de humanidad que de una manera revolucionaria dio paso al antropocentrismo, al nacimiento del hombre moderno y, de forma paradójica, al inicio de la deshumanización. El Renacimiento, en palabras del mismo escritor, “hay que tomarlo como el despertar del hombre profano, pero en un mundo profundamente transformado por lo gótico y lo cristiano” (Sábato, 1951, p. 19). Nos interesa, entonces, destacar una de las principales causas con las que se explica esta contradicción, causa que ya fue explicada en la introducción de este capítulo con la inserción de la Revolución Industrial, cuando en el siglo XIX la sociedad le brinda una relevancia comprensible a la razón y a los aspectos científicos para lograr un avance como sociedad; de ello nace ese anhelo de progreso en busca de beneficios y comodidades que se esparce por todo el mundo y conquista todos los territorios. En la novela *El desmemoriado* podemos vislumbrar esta situación cuando los protagonistas Manzana Siachoque y Pitty Caballero visitan el Museo Nacional y se encuentran ante una serie de imágenes que explica la evolución del hombre, que llega a su punto más moderno con el *robóticus* o el hombre cibernético, momento en el cual Pitty reflexiona: “¿cuál evolución? Yo hablaría mejor de una involución de la especie. ¿No ves que la serie lo que muestra es que nos hemos des-humanizado a pasos de gigante? [...] fuimos deshumanizados en nombre de los

derechos humanos” (Martínez, 2014, p. 44). Se denota, de esta manera, cómo el autor Martínez concuerda con la afirmación de que el proceso de la deshumanización nace desde la misma sociedad, en su afán y respuesta por un mundo justo y equitativo.

Por otra parte, es manifiesto que el comienzo de la vida industrial y el auge de la era capitalista se afianzaron, como anteriormente se mencionó, de esta búsqueda hacia la libertad, y convirtieron sin descaro a la población mundial en números y ganancias, ocasionando así el rechazo de “no sólo a las masas obreras, sino a todos los espíritus de la nobleza y de la burguesía que sentían repugnancia por una sociedad mercantilizada” (Sábato, 1951, p. 40), como lo aclara el autor en referencia a Karl Max y su obra *El capital* (1867).

La ciencia: una columna para la deshumanización

Uno de los principales cimientos para que la deshumanización, como hoy la conocemos, sea posible es, ciertamente, los conocimientos científicos y el uso reiterado de la razón ejercido involuntariamente a la sociedad. Esto y el papel de la tecnología son temas de relevancia que serán tratados en profundidad en el siguiente capítulo. Es menester, sin embargo, dar una de las principales justificaciones para entenderlo como causante. Así lo demuestra la novela a analizar.

Se entiende que la ciencia y la razón llegan con buenas intenciones; no obstante, a medida que se desarrollaban parece ser que se estaba olvidando lo más puro de su esencia, es decir, su objetividad en relación a la vida humana. Sábato (1951) lo recalca de la siguiente forma: “la ciencia estricta –la ciencia matematizable– es ajena a todo lo que es más valioso para el ser humano: sus emociones, sus sentimientos, sus vivencias de arte o de justicia, sus angustias metafísicas” (p. 25). El fundamento más conciso de esto dentro de *El desmemoriado* es la dictadura tecnológica por la que tiene que pasar la población de Bogotá, en donde el gobierno emplea todos estos mecanismos

electrónicos para un mejor control de la ciudad, sin pensar en las consecuencias de carácter humano que estas mismas podrían llegar a tener y que, en efecto, tienen. Uno de los mensajes más publicitados para alentar a los ciudadanos a adentrarse en el sistema es el siguiente: “recibe tu tableta cibernética y tu código de acceso hasta el seis de agosto a las 12 de la noche. Si no lo haces en esta fecha, quedarás excluido de la ciudad y te convertirás en un paria” (Martínez, 2014, p. 10). Aquí se recalca la magnitud del castigo para quien no se inscriba en lo virtual y es la de convertirse en ‘paria’, palabra que, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, significa: “persona excluida de las ventajas que gozan las demás, e incluso de su trato, por ser considerada inferior” (Real Academia Española, 2002, definición 1), y es este el resultado para los protagonistas en donde sus emociones son aisladas, olvidadas por el “bien” de la ley.

Es así como notamos que la sociedad empieza a crear un ambiente artificial, en donde los avances tecnológicos han dominado todos los espacios y, en cuanto más inmiscuidos nos encontramos, más carecemos de aspectos humanos. En el libro, esto se evidencia con la insatisfacción de Manzana al no poder encontrar un hombre de carne y hueso con el cual compartir en un tiempo real y poder volver a vivir su sexualidad; ante esto, su amiga Beatriz le contesta: “¿hombres? ¿Hablaste de hombres? Manzi, estás atrasada un siglo. Los hombres se acabaron; después de la producción en serie de robots, clones y mutantes, la raza humana se extinguió” (Martínez, 2014, p. 103). Retomemos cómo para llegar a este nivel de aniquilación humana la ciencia es una columna primordial. Ahora la pregunta es ¿por qué el hombre se cegó tanto ante este poder?, la respuesta está en la primitiva relación hombre-naturaleza.

La muerte de la naturaleza: un síntoma de la deshumanización

Retomando el texto de Sábato, este nos ilustra un posible inicio del comportamiento del ser humano con su entorno natural:

La primera actitud del hombre hacia la naturaleza fue de candoroso amor, como en San Francisco. Pero dice Max Scheler que amar y dominar son dos actitudes complementarias, y a ese amor desinteresado y panteístico siguió el deseo de dominación, que habría de caracterizar al hombre moderno. (Sábato, 1951, p. 12)

Es factible que el hombre ha cambiado su actitud y apreciación frente a la naturaleza en el transcurso del tiempo. Con la cita anterior se rememora al ser humano primitivo y su contemplación hacia ella como un igual e, inclusive, como una entidad superior, ya que esta es la que le proveía lo esencial para su supervivencia: la alimentación. Es plausible, por lo tanto, que naciera en el hombre un sentimiento de amor que conllevó al control y, finalmente, a la dominación. De igual manera, hace referencia el profesor argentino Alfredo Cruz Prados a la sociedad actual: “nuestra cultura sufre, por una parte, una atrofia del ámbito del sentido y, por otra, una hipertrofia del ámbito del dominio” (Cruz, 2001, p. 95). Este dominio, que lleva a un ilusorio control de la naturaleza con ayuda de la tecnología, está apoyado en el pensamiento moderno de darle una valorización monetaria, provocando la sobreexplotación del medioambiente y su ulterior muerte. La novela en cuestión es la que nos brinda esta última reflexión; en concreto, podemos resaltar el siguiente diálogo de los protagonistas: “¿Río? Si ya no tenemos río, replicó Manzana. [...] Mi abuelo contaba que cuando era niño, el río Bogotá era de aguas cristalinas; ahora es el albañal más contaminado del mundo: por esto nuestro científico Goyeneche lo mandó a pavimentar” (Martínez, 2014, p. 47). Esta pérdida es la característica de una población deshumanizada que, además, se encuentra tan ciega que ni siquiera es consciente de las consecuencias; por ejemplo, el aire de la ciudad de Bogotá del 2068 es descrito con estas palabras: “un leve olor fétido a mierda química se colaba por entre sus hendiduras dificultando la respiración de los humanos. [...] muchos transeúntes precavidos salían a la calle con escafandras y tapabocas”

(Martínez, 2014, p. 98). De este modo, una introspección evidente de la novela es la forma en la que una sociedad deshumanizada se identifica por su entorno de putrefacción y escasez del mundo natural.

Por último, no podemos finalizar el tema sin hacer mención a la increíble lucidez que da el autor sobre la relevancia de este en el contexto de nuestra realidad. Martínez en la novela afirma que los seres humanos, en su afán por controlar su entorno, “están produciendo nuevas plagas y nuevas patologías, que aún hoy no sabemos cómo enfrentar” (2014, p. 140). Es así como seis años después de que el escritor afirmara lo anterior, la humanidad entera se ve obligada a meditar en este asunto gracias al surgimiento de una crisis sanitaria global,² que ha dejado hasta el momento miles de muertes y que ha confinado a la mayoría de la población, tal como lo sigue afirmando el autor en su columna del periódico *El Tiempo*: “además de crear una masa de esclavos con celular, terminaremos por destruir la Tierra y al mismo ser humano. Después de esta pandemia, la lección que nos queda es que necesitamos construir una sociedad global más humana y solidaria” (Martínez, 2020).

Siguiendo la misma línea argumental, la muerte de la naturaleza trasciende a ser la muerte metafórica de la humanidad. En este sentido, la naturaleza se transforma en un foco de narcisismo para el hombre, el cual se ha vuelto consciente de que hay algo más allá de solo ser un sujeto de producción que provee cosas para el beneficio de los demás. Olvidando poco a poco el papel del otro en su rutina, se inmiscuye tanto en él que comienza una búsqueda incesante por conseguir su

² COVID-19: según la Organización Mundial de la Salud, “es la enfermedad infecciosa causada por el coronavirus [...] Tanto el nuevo virus como la enfermedad eran desconocidos antes de que estallara el brote en Wuhan (China) en diciembre de 2019”. (OMS, 2020).

eterno autodescubrimiento, haciéndose consciente del estado en el que ha residido por tanto tiempo, “el loco es, justamente, aquel que no se da cuenta de su estado demencial” (Martínez, 2014, p. 28). De esta forma, el sujeto comienza a comportarse como un ser cuerdo y comienza a actuar como tal, generando un sentimiento de frustración hacia ese pasado histórico que lo antecedía, que lo hacía ver inerte, desprovisto de emociones y sentimientos, al que llegan a reemplazar por un objeto realmente muerto. La sensación que se produce en él es tal que comienza a cuestionarse quién es, conllevando a la creación del gran Yo en su vida, derivado de varias incertidumbres: ¿quién es?, ¿quién soy?, ¿quiénes somos?

El hombre quiere empezar a sentir que tiene en sí cierta autonomía individual, que se ha convertido en aquel que acciona su tiempo libre y que, de cierto modo, se ha emancipado del sistema organizacional del cual ha dependido toda su vida. A este proceso Lipovetsky lo denomina ‘personalización’. La palabra, en su sentido más general, puede sonoramente parecer algo inofensiva, es más, puede asemejarse a ese tan anhelado amor propio moderno; sin embargo, es el primer paso para la deshumanización. El hecho de sentirnos seres con personalidad propia, privados de cualquier juzgamiento social, está implicando inherentemente rechazar al otro para hacernos a nosotros mismos, como lo pronosticó Martínez: “si en el nuevo sistema no se podía pensar por sí mismo, mucho menos se podía pensar en el lugar del otro” (2014, p. 96). De esta forma surge un término que va muy ligado con el de deshumanización: ‘narcisismo’, también implicado en el texto del filósofo francés. En este, el hombre sobrevive, ya no por el otro, sino por conservar su privacidad, rechazando al que intenta evadirla. El *homo narcissus* trabaja asiduamente para conseguir su estado de independencia, reconquistando, al mismo tiempo que libera a su verdadero Yo. De esta forma, la esfera pública deja de ser de su interés, situando nuevamente su estrategia hacia el aislamiento social que poco a poco lo lleva a deshumanizarse:

“lo social átono es la réplica exacta del Yo indiferente” (Lipovetksky, 1983, p. 57). El hombre comienza a idolatrar la soledad, piensa que en sí mismo encuentra respuesta a sus preguntas, que el mundo es un fácil derrochador de emociones e ideas que a él no deben importarle. Las relaciones públicas y privadas se han convertido en una nueva relación de dominio, el hombre se vuelve autopólico y egocéntrico; sin embargo, va en busca del reconocimiento, y el único que puede otorgárselo es el otro. De este modo, el individuo cae en su propia trampa; el narcisismo se convierte en un autoengaño, piensa que puede controlarse a sí mismo cuando se aísla del mundo, pero realmente se está enfrentando con su espejo, ahí encuentra su problema: la soledad. Esto comienza a evidenciarse de gran manera en *El desmemoriado*, el mundo distópico planteado por la estética fabiana ha configurado a sus personajes como seres solitarios que han sido despojados del afecto humano, es una imposición por parte del sistema y es una falacia atribuida a la sensación de sentirse bien consigo mismo, razón por la que autoelogian a la soledad: “me concentro en el placer solitario, que es el placer de los dioses” (Martínez, 2014, p. 103), dice Beatriz, la amiga de Manzana, quien intenta hacerle ver a esta que el nuevo mundo en el que está sumergida es mucho mejor que el arcaísmo en el que sobrevivían.

En este sentido, la soledad se convierte en una especie de escudo contra el mundo avasallante que ataca al espacio de las emociones, lo que el historiador y sociólogo Christopher Lasch llama “*the flight from feeling*”, es decir, la huida ante el sentimiento. Narciso quiere una independencia afectiva, este es el nuevo síntoma del hombre moderno. Sin embargo, como lo apunta Lipovetsky:

Narciso está demasiado bien programado en absorción en sí mismo para que pueda afectarle el Otro, y sin embargo insuficientemente programado, ya que todavía desea una relación afectiva [...] en los sistemas desestabilizados, la única ‘relación peligrosa’ es una relación de pareja prolongada indefinidamente. (1983, p. 34)

El sentimiento de soledad ha generado un individualismo indomable en el ser humano. Las emociones comienzan a desestabilizarse: ya no hay cabida para ellas en el nuevo paradigma.

Manzana y Pitty son los que experimentan esta inestabilidad: “amor entre nosotros ya no hay, lo que existe es cansancio” (Martínez, 2014, p. 73), declara Manzana a su esposo. La ausencia de emociones y la presencia de rutinas es el nuevo síntoma de la deshumanización.

Hombre-cosa u Hombre-escarabajo

Dentro de este orden de ideas, podemos desarrollar lo que se entiende en el libro por deshumanización, partiendo, entonces, desde la forma paradójica donde el hombre, “proclamando su voluntad de dominio y transformación de las cosas, ignoraba que también él llegaría a transformarse en cosa” (Sábato, 1951, p. 9). Así también transcurre en la novela en la que la sociedad del 2068 se encuentra dirigida en su totalidad por la poderosa Memoria de Babel, creada para mejorar el control y la calidad de vida de la ciudad; no obstante, esta se convierte en un sistema invasivo y opresor: “Babel era como el gran útero del mundo, profundo, misterioso e insondable, que engullía todo, que se tragaba todo, y, sin embargo, nunca quedaba saciado”

(Martínez, 2014, p. 119). Es aquí donde empieza la auténtica deshumanización del hombre: Pitty Caballero es el ejemplo del hombre moderno que lucha por ingresar en el sistema, con la creencia de que al hacerlo su vida será más sencilla, y cuando lo logra por medio de la ilegalidad, se siente feliz. Pese a esto, el libro nos advierte lo siguiente: “pero desde este instante, sentía que había algo raro que no funcionaba bien en su cabeza” (Martínez, 2014, p. 87). En efecto, el protagonista comienza a padecer de una irritante pérdida de memoria cuanto más se adentra en el sistema de Babel que, utilizando las palabras de Sábato, representa la torre del conocimiento, dentro de la cual se encuentra un temible poder que, “mientras más imponente, más insignificante es el hombre de la calle, más incierta es su soledad” (Sábato, 1951, p. 34). Lo anterior se sostiene analizando la

pérdida de memoria del personaje: “olvidó que había nacido en Bogotá; que había estudiado Literatura en la Sorbona de París; que alguna vez había sido de izquierda; y lo más grave de todo, olvidó que se llamaba Pitty Caballero” (Martínez, 2014, p. 127), ya que esto hace que él deje de ser un hombre y se convierta en el caparazón de lo que alguna vez fue. Situación bastante similar ocurre en el conocido relato *La metamorfosis* (2009), en donde Gregorio Samsa, al ser convertido en un insecto, no solo pierde su forma humana, sino que pierde su capacidad de expresarse, lo que dificulta aún más su situación, la cual conlleva, en últimas, a que su propia familia lo desconozca y lo repudie: “ante este monstruo no quiero pronunciar el nombre de mi hermano y por eso sólo diré esto: tenemos que tratar de zafarnos de él. Hemos hecho todo lo humanamente posible para cuidarlo y soportarlo” (Kafka, 2009, p. 58). Desconocer y olvidar son las claras señales de negar al ser de su propia esencia, con lo que podemos afirmar que estar desmemoriado es sinónimo de estar deshumanizado.

Nos estamos refiriendo a una cosificación del hombre, entendiéndola como un acto de suprimir los caracteres humanos de una sociedad. Retomando a Sábato: “una sociedad fantasmal, compuesta de hombres-cosas, despojados de sus elementos concretos, de todos los atributos individuales que puedan perjudicar el funcionamiento de la Gran Maquinaria” (Sábato, 1951, p. 34). Dentro de la novela *El desmemoriado* encontramos un gran parecido a esta reflexión cuando la esposa de Pitty, Manzana, medita sobre el gran cambio que este ha sufrido: “Pitty es un es-carabajo, pensó, y le dio lástima verlo en esa penosa condición. Pobre mi marido, se dijo; el monstruo de Babel terminó por devorarlo” (Martínez, 2014, p. 138). Es curioso el juego de palabras utilizadas por el autor al referirse al hombre esclavo de la pantalla como es-cara-bajo, ya que esto nos hace una referencia, tanto al hombre-insecto, dentro del texto que ya mencionamos, como al hombre hundido en la virtualidad. A este último, aunque no es negado del todo, se le es vetada su personalidad, su

individualidad. Dentro de la historia, “nos muestran un pueblo integrado por números, una especie de ejército anónimo y cuadrulado, que piensa, desea, ama, habla y vive uniformemente, como en un inmenso hormiguero” (Sábato, 1951, p. 41), siendo la tecnología la herramienta para que esta alienación sea posible: “desde los derechistas más recalcitrantes hasta los izquierdistas más virulentos. Desde los pacifistas hasta los anarquistas. Todos y todas [...] los indígenas, los gay, las lesbianas y los transformistas. Todos entraron al sistema” (Martínez, 2014, p. 30). Este acontecimiento hace que desaparezcan todas las particularidades que diferencian a la sociedad con ninguna otra intención, provocando el desarrollo de comportamientos y pensamientos unánimes que no cuestionan la autoridad. De igual manera, el hombre-cosa, dentro de esta sociedad que prioriza lo monetario, se ve privado de la libre expresión de sus sentimientos.

En el texto *Hombres y engranajes*, el autor resalta una situación que se presenta actualmente en Estados Unidos: “en ese país no sólo se ha llegado a medir los colores y olores sino los sentimientos y emociones. Y esas medidas, convenientemente tabuladas, han sido puestas al servicio de las empresas mercantiles” (Sábato, 1951, p. 31). Esta situación se encuentra lejos de pertenecer únicamente a una novela fantástica; sin embargo, dentro de esta somos testigos de cómo el mundo tecnológico se convierte también en un lugar para encontrar una pareja virtual por medio de un programa llamado “Solos y Solas”, pareja que es seleccionada por la gran memoria de Babel. Es así como Manzana busca desesperada sentir el amor que perdió con su esposo, y su felicidad depende completamente de que el sistema le autorice si es compatible con alguien.

La privación y control de los sentimientos es una de las características más lamentables del hombre-cosa, tal y como postula Sábato:

El hecho fundamental es el hombre con el hombre. El reino del hombre no es el estrecho y angustioso territorio de su propio Yo, ni el abstracto dominio de la colectividad, sino

esa tierra intermedia en que suelen acontecer el amor, la amistad, la comprensión, la piedad. Sólo el reconocimiento de este principio nos permitirá fundar comunidades auténticas, no máquinas sociales. (1951, p. 67)

En máquinas se convierten los habitantes de esta Bogotá, quienes pierden toda su capacidad de sentir, al estar tanto tiempo subyugados al sistema virtual, que cuando falla entran en una crisis al haber olvidado todos cómo comunicarse y amar. Empero, así como estos autores nos muestran la crisis de la deshumanización, también nos brindan una muy posible solución: reencontrarnos con nuestro interior sensible y compasivo ante el dolor. La cura para la amnesia del protagonista es el amor: “Pitty iba tocando con su dedo índice el cuerpo de su mujer, y a medida que recorría la anatomía femenina, su memoria, como si tuviera una relación estrecha con el amor, se iba poco a poco reactivando” (Martínez, 2014, p. 166).

Ciudad antisoledad y antideshumanización

Ahora bien, la Revolución Industrial trajo consigo, además de todo el desglose deshumanizador, la amplitud de las ciudades y su principal connotación en la interacción humana. La ciudad se convierte en un eje importante en los libros de Martínez. El espacio ciudadano configura a los personajes y sus actitudes. En este contexto, Bogotá está situada en el año 2068, una ciudad futurista que amplía las posibilidades de control. Martínez se pregunta, entonces, ¿qué es ser bogotano?, y se responde: “ser bogotano es un acto de fe” (2014, p. 54). En medio de actitudes solitarias y comportamientos individualistas, la ciudad se convierte en un punto de encuentro, desarrollando más posibilidades de soledad, puesto que la libertad se transforma en escudo para proteger una independencia impuesta, que la hace emanciparse de las viejas formas de relacionarse, exonerando todo tipo de intensidad anímica. La ciudad cambia a ser un eje giratorio de poder: el sujeto se absorbe en sí mismo, puesto que el espacio encerrado, pero aparentemente abierto, lo

comienza a sujetar, a atraerlo en espiral, es decir, la ciudad comienza a consumirlo. Los espacios cerrados influyen en él la sensación de imaginarse más solo, conllevando a un cambio en su personalidad: “Pitty comenzó a experimentar una sensación de soledad absoluta... se fue creando en él un pensamiento incierto y fragmentado” (Martínez, 2014, p. 91). Es aquí donde el individuo comienza a tener consciencia de sí mismo, comienza a desempolvar los recovecos de su pasado, percatándose que la figura del Otro es indispensable en cierta parte de su vida. Ante esto busca una solución inmediata para volver a ser el mismo *homo sapiens* y hombre social, que anteriormente fue creado como un proyecto de interacción humana. El estado individualista en el que estaba sumergido empieza a desmoronarse y poco a poco recuerda lo que en algún momento fue y perdió por su ambición; sin embargo, retornar a ello es imposible, “cuanto más se institucionalizan la comunicación y el diálogo, más solos se sienten los individuos” (Lipovetsky, 1983, p. 128). La soledad ya es una actitud inherente al hombre. La era del consumo ha ampliado su público predilecto: la urbanidad, el hombre “civilizado”. Vuelve una vez más la industrialización, ¡nunca se ha ido!, ahora el individuo es un hombre de entretenimiento, cuyo sistema dominante en él necesita distraerlo para expiarlo de sus emociones, para no permitirle pensar, para no permitirle sentir. Una vez más, el hombre es asocial: distancia todo lo que siente y expresa, quiere decir algo, pero ya no puede, ya no sabe cómo hacerlo.

De este modo, Bogotá en *El desmemoriado* realiza lo que el hombre ya había empezado a hacer en el siglo XVIII: comienza a seducir, es decir, comienza a regular el consumo, las costumbres y, lo más importante, la información. Esta última se vuelve fundamento vital para concentrar al sujeto en un solo espacio, en uno en el que, sintiéndose encerrado, siente el deseo de personalizarse y volver a autodescubrirse. La ciudad se vuelve un punto de encuentro y es aquí, en este espacio, donde la tecnología, como una gran Memoria Babel, llega a suplir la sensación de vacío a la que

modernamente se le denomina ‘soledad’. La creación de redes sociales y la capacidad de crear un hilo rojo cibernético que une a dos *homo sapiens* por medio de las ondas virtuales es la nueva forma de amor, de suplir las carencias afectivas, de una antisoledad hipotética que aparentemente humaniza, pero que al mismo tiempo está rompiendo los pocos lazos que hacen que nos llamemos humanos y no máquinas. Los pixeles generados en una pantalla esconden lo que hay detrás de ella, ya no hay manos ni caricias, hay teclados y funciones programadas, ya no hay soledad, hay “amor propio”, ya el hombre no humaniza, ya el hombre real solo decepciona.

Ícarobot: el gran debate del siglo XXI

Al hombre del siglo XXI le pasó lo de Ícaro, que por querer volar se acercó demasiado al sol y se le quemaron las alas
Martínez (2014, p. 151).

Sociedad de masas: nunca somos lo que creemos ser

Al parecer, no somos tan únicos como creemos ser. Constantemente creemos que nuestro actuar está siendo dirigido por nosotros mismos, pero la funesta realidad es que la humanidad está siendo sometida bajo hilos que conectan cada ritmo de nuestra vida con otros. En este sentido, ¿qué más se esconde detrás de una pantalla?

Todo este conjunto de ideas tiene un solo nombre: control de masas. El concepto de ‘masa’ aparece por primera vez durante la Revolución francesa, gracias a los privilegios otorgados al clero y a la nobleza, de los cuales eran excluidos todos aquellos ciudadanos que no pertenecían a esta clase social, considerados posteriormente como la “masa” del pueblo, al no hacer parte de los estamentos políticos, sociales y económicos de la época. El término fue evolucionando a finales del siglo XIX e inicios del XX con la llegada de la Revolución Industrial y el surgimiento de la teoría marxista, basada en la subordinación productiva y capitalista. Es en este contexto donde las clases sociales toman el nuevo rol de controlar la sociedad a raíz del nuevo dominio que le fue otorgado. La distopía de *El desmemoriado* rememora una vez más este argumento:

sí, soy un hombre de tradiciones. El licor amarillo hace daño para el hígado. No me importa. De algo nos vamos a morir. ¿Tú qué vas a tomar? Un jugo de zanahoria. ¿Un jugo de zanahoria? No seas ridículo, Mazuera. El jugo de vegetales es sólo para los niños y los ancianos y para los hombres que trabajan intelectualmente, como yo. Mazuera, de verdad, me extrañan tus nuevos gustos. Antes, cuando nos veíamos en el café de don Pedro, bebías cerveza y aguardiente y te emborrachabas como una cuba. Sí, tú lo dijiste. Eso era antes. Ahora el que no se embriague con jugo de zanahoria es, sencillamente, un *outsider*. (Martínez, 2014, p. 64)

El enfoque crítico de la sociedad de masas, dado por la Escuela de Frankfurt, tomó provecho de su auge y comenzó a desarrollarse fundamentándose en los medios de producción material, es decir, en los nuevos propietarios capitalistas convertidos en la clase dominante. En este sentido, el término ‘control de masa’ pasa a designar a aquellos que controlan, no solo los medios de producción material, sino también los medios de producción mental, esto es, la producción y distribución de las ideas de los grupos subordinados, de modo que la desigualdad de clases continuó siendo el fundamento principal para mantener la estructura de las sociedades capitalistas. Tal como lo comentan James Curran, Michael Gurevitch y Janet Woollacott en su libro *Sociedad y comunicación de masas*:

las agencias de comunicación, y fundamentalmente los medios masivos, son, no obstante, la expresión de opiniones disidentes, un elemento fundamental para la legitimación de la sociedad capitalista. Los medios masivos de las sociedades capitalistas avanzadas están principalmente destinados a desempeñar papeles altamente “funcionales”; también son, a la vez, expresión de un sistema de dominio y medios de reforzarlo (Milband, en Curran, Gurevitch y Woollacott 1977, p. 78)

De acuerdo a lo anterior, todas estas acciones opresoras provocadas por estos grupos sociales se definieron en un solo nombre, el cual actualmente sigue determinando contextos; este es el nombre de ‘hegemonía’,³ término considerado por el filósofo Antonio Gramsci como aquel que “representa un orden social mantenido en equilibrio por un consenso, que es tanto moral como intelectual, y que se difunde por toda la población y conforma sus vidas diarias” (Curran, Gurevitch y Woollacott, 1977, p. 78). La persuasibilidad de estas sociedades de poder pasó a convertirse en la suma de un poder público, en la cual los más dominantes asumieron el rol de “demagogos

³ De acuerdo a los contextos actuales, el concepto de hegemonía evoluciona gracias a la ruptura dada por el desarrollo de las sociedades, las cuales le dan voz a las minorías, restándole protagonismo a las clases elitistas, quienes eran las únicas voceras en tiempos anteriores.

contemporáneos” a través de los medios de comunicación, usados inicial y potencialmente por países primermundistas en continentes como Europa y Norteamérica a finales de la década de 1930. De acuerdo a los autores del libro *Sociedad y comunicación de masas*, al poder de los medios se les atribuía la capacidad de modificar la opinión, los hábitos de vida y la conducta humana, mediante el posicionamiento propagandístico del sistema político, promovido inicialmente en el desarrollo de la Primera Guerra Mundial. En este sentido, la sociopsicología comenzó a jugar un papel importante en el comportamiento de los pobladores que estaban siendo dirigidos por una clase superior a ellos. Las relaciones de credibilidad y confianza que estos le daban comenzaban a crear vínculos socioafectivos con los que realmente eran sus dominadores, razón por la cual la reproducción de la humanidad y la reproducción de la existencia material comenzaron a verse íntimamente ligadas. El dominio ideológico se convirtió en el nuevo control de masas, provocando que las clases inferiores comenzaran a asumir como propias las ideas dominantes.

El hombre ya no es un producto de sí mismo, de sus propios pensamientos, la influencia externa comienza a transformarlo en un individuo social con una sociabilidad aparentemente buena. Es en este contexto donde los medios de producción material pasan a controlar los medios de producción mental. Como aducen los autores:

la clase, que es la fuerza material dominante, es, al mismo tiempo, la fuerza intelectual dominante, tiene el control sobre los medios de producción intelectual, de modo que le están sometidas las ideas de quienes carecen de los medios de las relaciones materiales dominantes.... En tanto que dominan como clase y determina la extensión y el alcance de una época, dominan también como pensadores y como productores de ideas (Curran, Gurevitch y Woollacott, 1977, p. 363).

Como consecuencia de la aparición de este dominio ideológico, el concepto de ‘cultura’ llegó a apropiarse de las circunstancias del momento. Este término, arraigado inicialmente en un contexto histórico, que refería a las formas de la existencia social fundamentadas bajo ciertas condiciones históricas, se vio perfeccionado socialmente con el tiempo, transformándose ya en un concepto de cultura humana en el que el hombre comienza a utilizar sus atributos y capacidades propias de su especie para ejercer su dominio sobre la naturaleza, modificándola para su propio uso. Es aquí donde su poder se incrementa, gracias a la invención de nuevas herramientas de trabajo que posteriormente se adaptarán a la era productiva. Es en este momento donde el anhelo de progreso resurge con mucho más ahínco: la llegada de la Ilustración como movimiento cultural e intelectual, mejor conocido como “El siglo de las luces”, llega a quitar ese velo de ignorancia que había cubierto a la sociedad por décadas. La idea de progresar en todas las áreas culturales e intelectuales se posa en el hombre como el sentimiento más propicio para generar una idea de cambio más arraigada. En esta nueva fase la supervivencia se convierte en consumo y la naturaleza del hombre cambia,⁴ ahora cuenta con el conocimiento y el lenguaje que le fueron dados como medios para interactuar con la sociedad a la que comenzaba a adaptarse. El lenguaje, como dependiente cultural, se transforma en un instrumento útil para el hombre, con el cual descubre la construcción de su propio mundo a partir de sus relatos e interpretaciones respecto a las cosas que lo rodean, en otras palabras, es el lenguaje el que comienza a darle sentido a su mundo; sin embargo, al ser un componente cultural, se vuelve susceptible de cambios y modificaciones que lo distorsionan. Karl Marx, en su obra *El Capital* (1867), explica este argumento de manera más amplia:

⁴ Cabe aclarar que el cambio en la naturaleza del hombre no es debido exclusivamente al capitalismo, sino que la identidad de este permanentemente se está transformando-

la fase dinámica y expansiva del desarrollo material era históricamente finita, es decir, destinada a evolucionar y ampliarse mediante una serie de transformaciones, alcanzar los límites externos de su desarrollo potencial y ser reemplazada por otro estadio de la historia humana (Marx, [1867] 1961, p. 359).

El lenguaje, ese gran instrumento de manipulación, pasa a ser la principal herramienta de los medios de comunicación para controlar a las masas. Al verse condicionado por las fuerzas productivas, la producción cultural cambia, su concepto se perfecciona a conveniencia del bienestar social, el valor del arte se convierte en un valor de uso, el hombre-humano ya es descrito como un hombre-máquina, ya que la humanidad se convierte en una especie de mercancía “comerciable e intercambiable como un producto industrial” (Curran, Gurevitch y Woollacott, 1977, p. 425). Las formas de comunicación habituales mutan para ser adaptadas a los lemas políticos que promueven la era capitalista, en la que ya no se habla de ciudadanos, sino de consumidores y de bienes de servicio. Las masas se vuelven pieza clave de toda una maniobra de poder; el nulo dominio que creen ejercer dentro de la sociedad las lleva a dejar de crear y recrear sus propias ideas, convirtiéndolas en presas voluntarias de una dictadura mental. Es aquí donde surge el concepto de ‘masificación’, entendido, según Ángel Galdón Rodríguez, en su tesis doctoral titulada ‘Nineteen eighty-four de George Orwell como influencia en obras de la cultura de masas –V for Vendetta and 2024–’, como

el conjunto humano como un fenómeno social consistente en una numerosa agrupación de personas, quienes forman un bloque que imposibilita la identificación o distinción de sus individuos, y que, a su vez, carecen de conexiones significativas entre ellos. Sin embargo, su carácter unitario permite enviar un mensaje a la masa perceptible por una cantidad importante de sus miembros (Galdón, 2011, p. 19).

La masificación fue producto del afán del poder público por suprimir los deseos individuales de cada hombre, dado que el control de masas solo puede efectuarse bajo un modelo unidireccional, en el que la información es conducida por una sola línea que no tiene conducto de regreso que pueda ejercer una retroalimentación. Es aquí donde el lenguaje del hombre como ser personalizado se distorsiona al lenguaje de un hombre colectivo que comparte cualidades en común con otros, sin diferenciarse nada en particular con el resto de la sociedad. Es este pensamiento monopólico el que ejerce el dominio ideológico de las élites sobre los grupos subordinados: “el Estado se habrá convertido, finalmente, en un gigantesco patrono que dispone de la suma del poder público y de todos los medios de coerción y de persuasión” (Sábato, 1951, p. 34).

Pitty Caballero y Manzana Siachoque, junto con el resto de bogotanos, son la masa de esa sociedad futurista. Sus decisiones y hábitos de vida se ven coaccionados por las órdenes dadas por el Presidente desde el cerro de Monserrate: un ente invisible que maneja las vidas de todos sus ciudadanos, sin que estos crean que evidentemente lo están haciendo. La masificación, en este contexto literario, es de primordial importancia, ya que los que incumplen con los estamentos sociales establecidos por el régimen se convierten en la basura social, cuya desobediencia y rebelión provoca el desorden estructural del sistema establecido. Las consecuencias que estos tienen dentro de ese gobierno se convierten en ejemplo de la teoría conductista para que los demás ciudadanos se comporten como ovejas sumisas en un corral, confirmando así el poder que el sistema tiene sobre ellos:

al alto gobierno le interesa avivar una oposición contra él, para, precisamente, fortalecerse. El Presidente ha dicho por la televisión que la oposición es necesaria para el régimen porque gracias a ella, él podrá perpetuarse en el poder. Tú y tu mujer están en la lista negra, y con seguridad, ya hacen parte de la oposición. (Martínez, 2014, p. 65)

En el año de 1929, el filósofo español José Ortega y Gasset publicó su libro con más reconocimiento mundial: *La rebelión de las masas*, en el cual agrupa las principales consecuencias del desarrollo del popular término ‘hombre-masa’, en pos de explicar la revolución de una sociedad ante un sistema establecido. En este ensayo, Ortega y Gasset define a la masa como “todo aquel que no se valora a sí mismo –en bien o en mal– por razones especiales, sino que se siente “como todo el mundo” y, sin embargo, no se angustia, se siente a saber al sentirse idéntico a los demás” (Ortega y Gasset, 2010, p. 43).

¿Por qué ocurre esto?, porque el sistema no necesita de opiniones individuales, sino que requiere de opiniones públicas para así poder ejercer su mando. Ya hablamos anteriormente de la evolución que ha tenido el concepto de cultura; sin embargo, la cultura de hoy en día lo es todo y a la vez no es nada. La evolución de su definición, dada por las nuevas y siguientes generaciones, falló en tratar de enmascarar un pasado histórico que estableció en su época los estamentos sociales sobre los cuales habíamos construido nuestras vidas, para tratar de reemplazarlos por pilares decrepitos sin fundamentos que nos llevaron a nuestra progresiva destrucción, en la que las industrias del *marketing* y el entretenimiento tomaron el mando. Como lo dice Mario Vargas Llosa en su libro *La civilización del espectáculo*, “la desaparición de la vieja cultura implicó la desaparición del viejo concepto del valor” (2012, p. 26). ¿Cuál fue el resultado de esta hecatombe cultural?, un efecto de vacío que aún seguimos adoleciendo. La pérdida del espíritu es el nuevo síntoma de esta sociedad contemporánea. La consecuencia de la sociedad-masa, término usado por Ortega y Gasset, homogenizó todo un universo de opiniones dispersas para edificar un solo dialogo, aparentemente bueno, en el que se establecieran las normas sociales que actualmente nos controlan. Esa es la pérdida del espíritu colectivo, pero, ¿qué pasa con el espíritu personal?, ya no existe, se ha convertido lentamente en el hombre-masa: un individuo desprovisto de tradiciones, de

autonomía, de vida propia, uno que solo vela por mantener sólido un argumento dado por otro sujeto al que también se le han arrebatado sus tradiciones. Los medios de comunicación deberían llamarse en este contexto los miedos de comunicación, porque ahora es solo a través de infundir temor que se toman decisiones; entonces dejamos que los que gobiernan decidan sobre nosotros. Forzamos nuestra libertad y la llamamos “estilo de vida”. Ya no sabemos quiénes somos, ni siquiera sabemos si somos al menos alguien o algo, y aun así nos sentimos poderosos, autónomos, dueños de nuestra propia consciencia, porque las mismas decisiones que el sistema nos hace tomar nos llenan de un gozo absoluto que en el fondo es un vil engaño de nuestro subconsciente. Recibimos una recompensa química por permitir que nos laven el cerebro. ¿En quiénes nos han convertido?, ¿en nuestro peor enemigo? “Importa, pues, mucho conocer a fondo a este hombremasa, que es pura potencia del mayor bien y del mayor mal” (Ortega y Gasset, 2010, p. 68). Los dos campos de gente en la sociedad futurista de la Bogotá planteada por Fabio Martínez son la mayor representación de este hombre-masa dual representado por el filósofo español:

por un lado, estaban la etnia de los Alfas que luchaban por la vida virtual, condenaban relaciones personales e impulsaban la muerte inminente del ser humano; por otro lado, estaban la etnia de los Betas, que querían volver a una vida simple, reivindicaban el contacto humano y personal, y luchaban por un nuevo renacimiento. Mientras los Alfas defendían a toda costa la inteligencia artificial, los Betas reclamaban el retorno a la naturaleza. (Martínez, 2014, p. 168)

Somos eso que construimos y que nos destruye, somos nuestro propio veneno. Al principio nos dejamos deshumanizar, ahora nos dedicamos a deshumanizar al otro. Somos consumidores potentes de un entretenimiento eterno. La era industrial trajo consigo, no solo una cultura deplorable, sino también la destrucción humana, acentuada y originada en las nuevas tecnologías que nos controlan y con las cuales seguimos inventando artefactos para que lo sigan haciendo.

Tecnología: manipulación y desigualdad

Posterior a todo este análisis, es preciso entablar entonces algunas de las formas en las que la tecnología se inmiscuye y se convierte en la materia prima para que todo este control sea posible.

Como ya se enunció en el anterior capítulo, el surgimiento de la tecnología se da gracias a toda la implementación de la ciencia y el uso extremo de la razón. Continuando con el texto *Hombres y engranajes* de Sábato, el autor nos plantea la siguiente pregunta: “fácil, en efecto, probar la superioridad del avión sobre la carreta, pero ¿cómo demostrar el progreso moral o político?” (Sábato, 1951, p. 30). Es precisamente en la carencia de todo aspecto humano y cultural dentro de la tecnología en donde radica el estratégico uso de esta para empobrecer y, posteriormente, manipular una sociedad. “Triángulos de acero, logaritmos y electricidad, sinusoides y energía atómica, extrañamente unidos a las formas más misteriosas y demoníacas del dinero, constituyeron finalmente el Gran Engranaje del que los seres humanos acabaron por ser oscuras e impotentes piezas” (Sábato, 1951, p. 66). La tecnología y sus medios se comportan como un ente invisible más poderoso y despiadado que ese gigante cíclope Polifemo. No es en vano que en la obra de Martínez el protagonista exclame enfurecido cuando su esposa le menciona que nadie está detrás de un programa virtual de citas: “Manzana. No me creas estúpido. Desde Homero, todo el mundo sabe que Nadie es un monstruo” (Martínez, 2014, p. 122). Y es que esta es una alegoría muy ingeniosa para poder evidenciar el alcance de la tecnología: un sistema creado por el hombre para intentar salvarse, que funciona, pero que trae consigo consecuencias inimaginables, y el momento en que Odiseo afirma “Nadie es mi nombre, y Nadie me llaman mi madre y mi padre y todos mis compañeros” (Homero, [siglo VIII a. C.], *s.f.*, p. 202). La función de las palabras deja de ser únicamente para la comunicación y, de manera estratégica, evolucionan al uso de la conveniencia y la creatividad, algo que es sumamente positivo en la obra de Homero; sin embargo, así como

ocurre en la tecnología, esta evolución con el paso del tiempo también conlleva a la manipulación o alienación. Dada esta justificación, es menester sacar a la luz algunos medios tecnológicos que se hacen presentes en la novela analizada y que son una crítica a los mismos en nuestra sociedad actual.

Desde el surgimiento de la imprenta por Gutenberg, hasta las más recientes patentes tecnológicas, han aparecido a lo largo de nuestra historia distintos medios de publicación masiva que han ayudado y facilitado el control de la información y, con ello, el manejo de muchas situaciones políticas y sociales. Ángel Galdón, en el texto mencionado con anterioridad, afirma que:

gracias al desarrollo de las canales de transmisión producidos por los avances tecnológicos desde la Revolución Industrial, es posible la construcción y envío masivo de una red simbólica interpretable por la mayor parte de los individuos de una sociedad [...] el número de personas expuestas a este entramado simbólico es enorme, mientras que, por el contrario, los emisores de la información y los productores culturales son pocos. (Galdón, 2011, p. 23)

Esta cita es relevante para poder comprender el porqué un sistema virtual, como la memoria Babel, alcanza un nivel de dominio tan alto en la Bogotá del 2068. En el inicio de la novela ya nos revelan que esta es “la compañía virtual más grande y próspera del planeta” (Martínez, 2014, p. 7), y no en vano es apodada constantemente como “la gran matriz del mundo” (p. 8). Se hace evidente, entonces, las características insondables de este nuevo sistema que, como su mismo nombre lo indica, es un entramado de confusiones, engaños y, así como lo explica la cita de Galdón, es una estructura manejada por unos pocos, pero que, dada su índole dictatorial, es consumida por casi la totalidad de los ciudadanos. En este sentido, ¿cómo participa esta tecnología en el control social a manos del Estado? Como es un programa virtual de características muy similares a cómo funciona

la red de internet, sus estrategias expuestas dentro de la novela pueden llegar a ser familiares y hasta cotidianas. Centrémonos, de esta manera, en la más sobresaliente táctica a resaltar: el principal obstáculo por el que los protagonistas se ven forzados a cambiar sus formas de vida. El Presidente ha ordenado a todos los integrantes de la sociedad bogotana inscribirse en la memoria Babel sin excepciones; no obstante, los personajes principales, por motivos de descuido, no alcanzan a cumplir con esta orden y se les manifiesta cuál será su castigo:

“entrarán en la lista de los indeseables. De ahora en adelante no recibirán ningún beneficio del gobierno. Serán perseguidos y encerrados” (Martínez, 2014, p. 13), de un día para otro todo el funcionamiento de su alrededor cambia para incrustarse en el mundo virtual. El uso de la tecnología y las dificultades para acceder a ella son una forma de castigo que ya nos venía anunciando el escritor argentino en su libro de ensayos:

esta unificación se hace por las buenas o por las malas, generalmente en virtud de una combinación de ambos métodos, de una adecuada mezcla de premios, sanciones legales, hambre, cárcel, campos de concentración, fe, deportes, radio, cine y periodismo. La ciencia da al Estado enormes recursos para la tarea: desde los gases lacrimógenos hasta la radiotelefonía. (Sábato, 1951, p. 34)

Se evidencia que en el mundo de *El desmemoriado* hay una estrategia de premiar a quien pertenezca, utilice y acepte el sistema y, si se da lo contrario, como es el caso de Pitty y Manzana, enfrentarán considerables dificultades para satisfacer desde las necesidades secundarias como el entretenimiento: “sorpresivamente, de los 1500 canales que entraban a su apartamento, estaba vigente el canal institucional, que sólo daba noticias oficiales. Los 1499 canales restantes los habían suspendido” (Martínez, 2014, p. 15), hasta las necesidades más básicas como la alimentación:

la madre de manzana dejó a un lado la tisana, se paró, abrió la nevera, y casi le da un infarto. En el interior del refrigerador había una jarra de agua helada, un pedazo de carbón y una manzana podrida. Pura naturaleza muerta [...] ¿Acaso no sabes que el mercado ahora se pide por internet? (Martínez, 2014, p. 61)

Esta reglamentación virtual conlleva a que algunos ciudadanos se vean privados de su derecho a ser tratados con igualdad y así poder adquirir los mismos beneficios e información que el resto de la población. En nuestra actualidad, esta circunstancia es llamada una brecha digital que, según el Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones de Colombia –MinTIC–, es definida como:

la diferencia socioeconómica entre aquellas comunidades que tienen accesibilidad a las TIC y aquellas que no, y también hace referencia a las diferencias que hay entre grupos según su capacidad para utilizar las TIC de forma eficaz, debido a los distintos niveles de alfabetización y capacidad tecnológica (MinTIC, 2020, p. 1).

Esta brecha digital en nuestra sociedad suele existir por ámbitos económicos y territoriales, aunque también puede ser intencionalmente gestada para el control de la información y que la misma no llegue a todos los ciudadanos, provocando así un beneficioso desconocimiento de los derechos y ayudas o, asimismo, puede ser dada para sencillamente ignorar y marginar a un grupo social. Como ya lo percibimos, en la población bogotana del 2068 esta brecha digital es creada para castigar; empero, encontramos otros motivos que vale la pena resaltar, como la deliberada inexistencia de educación necesaria para entender cómo funciona el sistema: “tu papá y yo no sabemos manejar ese aparato. Pero lo tenemos en casa y eso es lo que le importa al Presidente. Mamá, entonces, ¿quién te maneja el computador? Dolly, la muchacha-clon del servicio”

(Martínez, 2014, p. 23); esta ignorancia hace que la población se vea en la necesidad de depender de otros, en este caso, de un clon genéticamente modificado por el gobierno, para poder seguir en la nueva normatividad. Se hace cínicamente clara la estrategia de manipulación y control social.

Por otro lado, en esta sociedad ficticia la memoria Babel no es el único medio tecnológico que participa en la perpetuación de un poder único, también se hace alusión a ciertos aparatos tecnológicos como el reloj, este inofensivo instrumento al que nosotros hemos incorporado tan cotidianamente en nuestras vidas. Nuevamente, es necesario citar el texto *Hombres y engranajes*:

El reloj, que surgió para ayudar al hombre, se ha convertido hoy en un instrumento para torturarlo. Antes, cuando se sentía hambre, se echaba una mirada al reloj para ver qué hora era; ahora se lo consulta para saber si tenemos hambre (Sábato, 1951, p. 31).

Para los protagonistas Pitty y Manzana, el reloj y el control del tiempo fue la línea decisiva para su supervivencia. Cuando en último momento fueron a recibir sus códigos para ser ingresados en el sistema, el vigilante del edificio no los dejó entrar, aun cuando en sus relojes todavía faltaba un minuto: “el hombre le dijo que la hora de su reloj no servía. Que la hora que ahora regía a todos los habitantes de Bogotá era la que daba el gran reloj digital de la ciudad” (Martínez, 2014, p. 13). El tiempo medido por esta maquinaria es maniobrado por el presidente de la ciudad, quien, como bien lo dice la cita, rige y define todo en la vida de los bogotanos a partir de ese instante.

Entre los muchos avances tecnológicos que se vislumbran en la novela, cabe resaltar un sistema de estimulación magnética craneal, mejor conocido como EMC, al cual la mayoría de bogotanos se integran voluntariamente, con el fin de facilitar su existencia en un mundo alienado. Según la novela, este sistema consiste en lo siguiente: “vas a la EPS de tu barrio, allí te colocan un adminículo que bloquea el lóbulo del área del habla, y a las pocas horas vas a comenzar a hablar de otras cosas” (Martínez, 2014, p. 67). La creación de todos estos medios tecnológicos, que nacen

en su mayoría en busca del beneficio de la humanidad, suelen terminar en manos de pocas personas que, por su mismo poder, tienen las capacidades económicas e intelectuales para apoderarse de todos estos avances y manejarlos como mejor les convenga. Usualmente, esto termina en la supresión de los derechos de igualdad y en contra, paradójicamente, de la misma humanidad.

El mejor ejemplo dentro de la ciencia ficción de una pérdida de control tecnológico a manos de la humanidad, se encuentra dentro de la temática de los robots que, de igual manera, hacen parte del mundo de *El desmemoriado*. El escritor ruso Isaac Asimov, uno de los mayores exponentes del tema, nos brindó en 1969 unas leyes que la robótica debe cumplir sin miramientos, estas son:

1. Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal.
2. Todo robot obedecerá las órdenes recibidas de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes puedan entrar en contradicción con la primera ley.
3. Todo robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando esta protección no entre en contradicción con la primera o la segunda ley (Asimov, 1969, p. 163).

Sin embargo, estas leyes son frecuentemente quebrantadas. Simultáneamente, notamos en estas historias que al gobierno regularmente se le sale de las manos esta tecnología. Esto mismo sucede en la novela analizada, cuando el sistema colapsa y los ciudadanos entran en caos: “con sus pijamas puestas, la gente había invadido la calle, desafiando el toque de queda impuesto por el Presidente, y miraba con recelo a los robots que tenían la orden perentoria de matar” (Martínez, 2014, p. 150). En esta cita se hace evidente que los robots incumplen las tres reglas ya señaladas, evidenciando así la incontrolable situación en la cual la respuesta al desorden es la muerte. Por otro lado, la creación del robot, que trata de igualar, e inclusive mejorar, el comportamiento humano, dice mucho sobre la necesidad tecnológica de reemplazar, por creer superior, la evolución

científica a la humana: “ahora es más importante la memoria virtual que la memoria humana. La inteligencia artificial es más fuerte y poderosa que la inteligencia natural” (Martínez, 2014, p. 31), todo esto conlleva al temor que muchos han adquirido de ser sustituidos por estas máquinas, provocando, sobre todo, que la cifra de desempleo se incremente. Este miedo se ha llegado a exponer en diferentes libros y películas. En *El desmemoriado* esta situación se materializa cuando Manzana pierde su trabajo en el banco a causa de que uno de estos robots es contratado y aprende en poco tiempo todas las actividades que ella realizaba, e incluso las ejecuta mucho mejor. Nos encontramos, entonces, ante una evidente intención de privilegiar los comportamientos mecánicos y fáciles de modificar, además de conllevar a una deshumanización radical que comprende justamente la muerte del ser humano.

Todas estas observaciones son importantes para resaltar algunas consecuencias que podemos llegar a sufrir, o que tal vez ya estamos viviendo, si seguimos prolongando este mundo tecnocentrista. Esto no se queda en un ambiente ficticio, sino que se refleja en nuestra realidad. Para esto, encontramos dentro del trabajo de grado de Galdón algunas afirmaciones que resalta y que son dadas originalmente por el escritor italiano Umberto Eco, las cuales representan tres consecuencias de la cultura de masas, en relación a la tecnología manifestadas en *El desmemoriado*. En un primer lugar, encontramos que dentro de esta sociedad tecnificada existe la posibilidad de que se presente una “homogenización del mensaje hacia un gusto medio, debido a un presentador masivo, eliminando la posibilidad de originalidad (Galdón, 2011, p. 42).

Este tema ya se profundizó en la primera parte de este capítulo, pero es menester ejemplificar: es comprensible que esta situación suceda cuando se presenta una sola fuente de conexión e información masiva, que es controlada por una sola entidad en busca de los exclusivos beneficios

de esta; no podemos ignorar que en la Bogotá del 2068 ocurre esto cuando un personaje nos narra lo siguiente: “¿recuerda a los profesores radicales que siempre estaban en contra del gobierno? Ahora andan juiciosos en sus casas insuflando de sabia información la memoria Babel” (Martínez, 2014, p. 31). La prodigiosa memoria Babel logra lo que cualquier autócrata desearía: uniformar mentalmente toda una sociedad diversa para el bien de un *statu quo* invulnerable.

En segundo lugar, encontramos que la “unidireccionalidad de los mensajes a favor de los intereses de los productores de las obras evitan la crítica en la medida de lo posible” (Galdón, 2011, p. 42). De nuevo, cuando el acceso a la tecnología es exclusivamente manejado por un solo grupo o persona, llegan a usar los avances científicos para autoelogiarse y engañar a los receptores: “el Supremo había decidido doblar los honorarios de los científicos para así contrarrestar el desprestigio permanente que le creaban sus opositores” (Martínez, 2014, p. 127).

Por último, una de las consecuencias que más se puede apreciar en la novela es la presencia del empobrecimiento o pérdida de una “conciencia histórica”, dado a que el presente es más valioso, así como por la exigencia de un consumo inmediato. En *El desmemoriado*, la mayor baja que alcanza la población es, precisamente, la desmemoria. La gran matriz del mundo ejerce un poder tal de enajenación que todo aquel que ingresa y se adentra en el sistema va sufriendo la pérdida de su memoria, tanto histórica como personal, así nos lo describió el protagonista: “en su profunda soledad, Pitty Caballero intuyó que la memoria de Babel lo estaba alienando hasta el punto de aniquilarle, minuto a minuto, su memoria personal” (Martínez, 2014, p. 97). Esta consecuencia es la que más permite la manejabilidad de un grupo, al ser una de las más comunes que se presentan dentro de nuestra sociedad. Su amenaza, que en ocasiones es reducida, radica en que puede llegar a pasar desapercibida.

Posterior a todo este análisis, es relevante tener por conclusión que la tecnología y sus medios no son los culpables de que llegue a ocurrir una deshumanización en la sociedad, tal como nos lo dice Sábato: “sería absurdo prescindir de la razón, por el solo hecho de que nuestros ingenuos predecesores la hayan elevado a la categoría de mito” (1951, p. 66). Negar que la tecnología es un avance, como se demuestra en los ámbitos de la medicina y la ciencia, que ha salvado y mejorado la calidad de vida de más personas cada vez, y asimismo en el desarrollo de los medios de transporte que unifican cada día más rápido a la sociedad y, claro está, también se aprecia esta evolución en todos los aparatos tecnológicos que usamos diariamente en nuestros hogares y trabajos, que nos han favorecido a llevar una vida más confortable, entre ellos, la misma red de internet, que es una gran apuesta para la sociedad, con la cual se están logrando muchas cosas que antes parecían imposibles. Detener todo este desarrollo sería incorrecto y hasta contraproducente; no obstante, se hace evidente que, tal y como se están presentando estos medios en la actualidad, están causando también muchos resultados negativos que, de nuevo, no recaen en los medios en sí, porque precisamente la tecnología no es más que una herramienta manipulable por las mismas sociedades y gobiernos, razón por la cual se hace necesario concientizar, educar e informar a la población para que se tomen medidas al respecto. Una posible solución es recordar que la ciencia no debe tener más prestigio que la humanidad; al contrario, se debe comenzar a añadir este factor humano a las tecnologías para que ayuden al progreso intelectual y culturalmente.

Distopía: indicio de una sociedad en crisis

Para concluir con este capítulo, se hace presente el tema de la distopía, que es fundamental para lograr unificar todos los temas anteriormente planteados. Para ello, indicaremos cómo esta categoría comienza y se desarrolla, además de evidenciar algunas características vitales que cada

novela distópica suele cumplir para poder ser asignada como tal y, finalmente, exponer cuál es la relevancia que este tipo de literatura tiene y qué le aporta a la sociedad.

Partiendo de lo expuesto en la introducción del presente trabajo, en relación al tema de la ciencia ficción, y dado que la literatura distópica hace parte y evoluciona gracias a la ciencia ficción, es relevante percibir cómo en un primer momento se comienzan a escribir historias sobre lugares o sociedades perfectas y ficticias llamadas ‘utopías’, término que apareció por primera vez con el libro *Utopía* del escritor y teólogo inglés Thomas More en el año 1516, en donde se narra el viaje y posterior descubrimiento de una isla también llamada Utopía, donde existe un país que se ha autoconstruido y ha logrado desarrollarse perfectamente. Dentro de este libro, el autor se realiza múltiples preguntas y propuestas sobre el control político que él vivía en ese momento. Comienzan a aparecer, entonces, múltiples relatos siguiendo estos patrones y mostrando ya las características del género: “la utopía consiste en una organización social ideal para la vida y el desarrollo del ser humano” (Galdón, 2011, p. 46). Se encuentra, primordialmente, con la particularidad de que todas estas historias le muestran a la sociedad cómo sería el hecho de tener un estado perfecto, bueno y equitativo; sobre esto, y muy acertadamente, Galdón nos afirma que “esta es la característica común a todo el texto del género y una de las principales fronteras que lo separa de la posterior DISTOPÍA, pues la última invitará a lo contrario: a evitar y no alcanzar lo descrito” (Galdón, 2011, p. 48), y es así cómo surge la distopía que hoy conocemos, llamada así, dado a que es la antagonista de la utopía: son relatos ambientados en lugares ficticios en donde se muestra una sociedad que ha llegado a un extremo tal que la convierte en un estado indeseable para cualquier lector. Algunas razones para explicar la emergencia y auge de estos relatos es la continua previsualización de nuestro futuro, partiendo de las preocupaciones de la actualidad del autor. En

Hombres y engranajes, el escritor menciona que “la gran literatura de nuestro tiempo es eminentemente metafísica y sus problemas son los problemas esenciales del hombre y su destino [...]el hombre se enfrenta con el trágico problema de la comunicación y del sentido de la vida” (Sábato, 1951, p. 54). Pese a que el género distópico no nace en tiempos actuales, sino que se ha venido desarrollando a lo largo de distintas épocas, es menester señalar que en las últimas décadas se ha convertido en el foco de atención en muchos ámbitos, y esto puede deberse a que nos encontramos ante una crisis social. Como ya lo mencionó Sábato, la literatura de nuestro tiempo llama la atención, porque se resaltan las múltiples angustias que ha desarrollado la sociedad, y esto hace que la mayoría de sus temas centrales sean en relación a las dictaduras como única opción política, a los avances tecnológicos como inevitables e, incluso, a las patologías psicológicas como resultado de un mundo cada vez más caótico.

Por otra parte, para poder justificar el uso de este término, para con el libro del escritor Fabio Martínez, y para definir la esencia de este género literario, se muestra una serie de características fundamentales que una distopía debería poder cumplir. Para esto, se toman como base tres de las más trascendentales obras distópicas: *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (1932), *1984* de George Orwell (1949) y *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury (1953).

Sociedad ficticia: futura o recreada

Como ya se mencionó, una característica por la cual se suele diferenciar la distopía del resto de novelas dentro de la ciencia ficción, es por establecer un ambiente ficticio, en su mayoría futuro, o que también puede ser una sociedad recreada en un lugar que se construye solo dentro del universo literario. En la novela *Un mundo feliz* de Huxley, la historia se desarrolla en un Londres avanzado tecnológicamente; aquí podemos establecer un futuro hipotético: “sobre la entrada principal se lee: ‘Centro de Incubación y Condicionamiento de la Central de Londres’ y, en un escudo, la divisa del

Estado Mundial: Comunidad, Identidad, Estabilidad” (Huxley, 1969, p. 19). Dentro de la historia de *1984* de Orwell, de igual forma, los acontecimientos se desarrollan en una Inglaterra futura que, de manera ingeniosa, el autor ubica invirtiendo las fechas del año en que él escribe la novela: 1948. La ubicación la evidencia el narrador cuando se describe el edificio de uno de los ministerios que controlan el país:

se elevaba inmenso y blanco sobre el sombrío paisaje. “Esto es Londres”, pensó con una sensación vaga de disgusto; Londres, principal ciudad de la Franja aérea 1, que era a su vez la tercera de las provincias más pobladas de Oceanía. Trató de expresarse de la memoria algún recuerdo infantil que le dijera si Londres había sido siempre así. (Orwell, 1949, p. 5)

En *Fahrenheit 451* de Bradbury, la historia transcurre en un Estados Unidos, que también lo podemos denominar como futuro gracias a los avances tecnológicos. En el momento en que el protagonista se pregunta desde hace cuánto los bomberos se dedican a quemar, encontramos una breve explicación de la sociedad en la que se encuentran:

sacaron su libro guía, que también contenía breves relatos sobre los bomberos de América, y los dejaron de modo que Montag, aunque familiarizado con ellos desde hacía mucho tiempo, pudiese leer. Establecidos en 1790 para quemar los libros de influencia inglesa de las colonias. (Bradbury, 1953, p. 41)

Por último, en la novela del autor caleño, *El desmemoriado*, acontecen dos historias: la primera, situada en Bogotá en el año 2012; sin embargo, esta es una sociedad en donde la literatura no existe y todo es controlado por la memoria Babel, y es por esto que el protagonista, por medio de una aplicación, crea la historia principal, la cual para ubicarla utiliza las siguientes palabras: “Pitty quiso hacer una novela autobiográfica y futurista, situada en Bogotá, en el año 2068” (Martínez, 2014, p. 8).

Se demuestra, entonces, cómo todos estos autores de las novelas distópicas escogen desarrollar sus historias en el mismo lugar en donde han residido, pero utilizando un tiempo que no existe o que todavía está por venir. Esto puede entenderse como una estrategia para ofrecer una crítica social más objetiva y también para mostrar cómo serían estos lugares si se continúan ignorando las preocupaciones del presente.

Evolución tecnológica y científica

En este capítulo ya se ha descrito el porqué dentro de estas obras se hace frecuente la presencia de una tecnología avanzada; una clara explicación es que permite la ambientación futura y, principalmente, porque este es un tema que ha sido objeto de incertidumbre por múltiples escritores. Ahora bien, en *Un mundo feliz* esto se presenta en la creación y el desarrollo masivo de la población controlada por un avance científico:

Un ovulo, un embrión, un adulto: la normalidad. Pero un ovulo bakanovskiano prolifera, se subdivide. De ocho a noventa y seis brotes, y cada brote llegará a formar un embrión perfectamente constituido, y cada embrión se convertirá en un adulto normal. Una producción de noventa y seis seres humanos donde antes solo se conseguía uno.
¡Progreso! (Huxley, 1969, p. 22).

Este proceso es creado con la única intención de moldear a la sociedad para establecer estratégicamente los grupos a los que deben pertenecer todos los pobladores, y así dominar con mayor facilidad a los mismos. Por otra parte, en *1984* se encuentra un mundo que está completamente controlado por la tecnología; se percibe con la normatividad que exige a todos los ciudadanos tener como mínimo una pantalla en donde el gobierno pueda vigilarlos y en donde la publicidad sea percibida por todos. De igual forma, la novela nos describe distintas formas en las que la tecnología es utilizada:

El progreso técnico sólo existe cuando sus productos pueden ser empleados para disminuir la libertad humana [...] El hombre de ciencia actual es una mezcla de psicólogo y policía que estudia con extraordinaria minuciosidad el significado de las expresiones faciales, gestos y tonos de voz, los efectos de las drogas que obligan a decir la verdad, la terapéutica del shock, del hipnotismo y de la tortura física. (Orwell, 1949, p. 156)

En el mundo de *Fahrenheit 451*, de forma similar, la tecnología la encontramos en pantallas que ocupan casi la totalidad de los hogares, cuyo fin es el entretenimiento frívolo y, por supuesto, la publicidad del Estado; esto hace que las personas dejen de contemplar la realidad, además de que dejen de ser seres pensantes. En una parte de la novela se vislumbra un aparato tecnológico llamado “El sabueso”, el cual es el encargado de eliminar a toda persona que se sospeche no está cumpliendo las normas del Estado, este canino mecánico es descrito de esta forma: “ése no quiere ni odia. Simplemente, funciona. Es como una lección de balística. Tiene una trayectoria que nosotros determinamos. [...] Persigue el blanco, lo alcanza, y nada más. Sólo es alambre de cobre, baterías de carga y electricidad” (Bradbury, 1953, p. 34). Finalmente, en *El desmemoriado* se muestra una sociedad completamente sumergida en lo tecnológico, razón por la cual se presentan múltiples aparatos de este ámbito, que ya fueron analizados en este capítulo. Es pertinente, entonces, aprobar esta novela y afirmar que cumple con esta característica de forma íntegra.

Sistema dictador: el poder confinado

El control de una sociedad en masa es habitualmente constituido en una sociedad regida por un sistema dictatorial. Es así como en la distopía se ha convertido en una constante el tema de la sociedad oprimida. En *Un mundo feliz* de Huxley, la población es sometida a un régimen totalitario en donde el científico Henry Ford es venerado como un dios: “ahora la fórmula era: ‘Bebo por el ser más grande’ [...] ‘Ford, somos doce; haz de nosotros uno solo’” (Huxley, 1969, p. 94), y en

donde todos son subyugados por este sistema en el cual prevalece únicamente el pensamiento tecnológico con fines destructivos. Otra obra, que cuenta con una figura que raya lo divino, es *1984* con la figura del Gran Hermano, consigna que es constantemente mencionada y retratada para generar miedo: “era uno de esos dibujos realizados de tal manera que los ojos le siguen a uno adondequiera que esté. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decían las palabras al pie” (Orwell, 1949, p. 3). En *Fahrenheit 451* no se establece una sola figura que represente el poder; a pesar de ello, sí que se vivencia un estado corrupto y absolutista, el cual no acepta las críticas y destruye sin miramientos las posibilidades de reflexión o posible oposición: “un libro es un arma cargada en la casa de al lado. Quémalo. Quita el proyectil del arma, domina la mente del hombre. ¿Quién sabe cuál podría ser el objetivo del hombre que leyese mucho?” (Bradbury, 1953, p. 62). En *El desmemoriado*, desde un principio del relato nos aseguran: “la ciudad, que es controlada por el señor Presidente, desde el tótem del cerro de Monserrate” (Martínez, 2014, p. 9). Es interesante resaltar la forma en la que el poder está ubicado en la parte más alta de la ciudad y desde donde toda la metrópoli puede ser vigilada; además, es preciso recordar cómo el presidente es la persona que maneja el sistema virtual Memoria Babel, quien controla en su totalidad cada aspecto de la vida de los habitantes.

Deshumanización: prohibición sexual y eliminación histórica

En cuanto al tema de la deshumanización, que ya ha sido analizado en el primer capítulo del presente trabajo, también se puede encontrar que en la distopía son recurrentes dos aspectos que reflejan esta inhibición de humanidad: En primer lugar, está la anulación de toda relación sentimental o sexual. En *Un mundo feliz* esta situación se evidencia en el control científico sobre la natalidad: al ser todos los seres humanos creados en un laboratorio se anula el proceso natural de las relaciones sexuales y, por ende, las sentimentales. Ya uno de los personajes refleja este vacío

al expresar lo siguiente: “a menudo pienso que es posible que nos hayamos perdido algo muy importante por el hecho de no tener madre” (Huxley, 1969, p. 121). En el mundo de *1984* esta prohibición es igualmente reglamentada. Dentro de la sociedad, el amor y la sexualidad están tan mal vistos que se crea una liga juvenil anti-sex, por medio de la cual nos explican que: “la finalidad del Partido en este asunto no era sólo evitar que hombres y mujeres establecieran vínculos imposibles de controlar. Su objetivo verdadero y no declarado era quitarle todo placer al acto sexual” (Orwell, 1949, p. 54), e inclusive todos los matrimonios debían ser aprobados por un comité para verificar que la futura pareja no sintiera el más mínimo amor o sentimiento entre ellos. En *Fahrenheit 451* esta circunstancia se encuentra en la relación que el protagonista Montag tiene con su esposa: en todo el relato se puede observar cómo entre ellos hay una ausencia de cariño y de preocupación por el otro, sobre todo, de parte de ella, quien al final es la que lo termina delatando, sin importar que esto le pueda provocar la muerte a su esposo. En una parte de la novela la pareja tiene la siguiente conversación:

—¿Dónde y cuándo nos conocimos? —¡Oh! Pues fue en... La mujer calló. —No lo sé —reconoció al fin. Montag sintió frío. —¿No puedes recordarlo? [...] —. ¡Qué curioso! ¡Qué curioso no acordarse de dónde o cuándo se conoció al marido o a la mujer!
(Bradbury, 1953, p. 48)

Demostrando así que ni siquiera pueden acordarse del porqué están juntos. En la Bogotá del 2068 esta característica no es tan evidente como en las anteriores novelas, empero, esto no quiere decir que no exista. En el desarrollo de la historia los protagonistas, que comienzan siendo una pareja unida, cuanto más inmiscuidos están en el mundo virtual, más van perdiendo su interés el uno por el otro, hasta llegar al punto en que Manzana decide ingresar a un programa virtual de citas llamado Plexos, sexus, nexos. En la historia nos explican la manera en que “Manzana y el pintor

iniciaron por la red una actividad erótica vigorosa. El más intenso de los dos era la mujer que, por causa de su marido, llevaba varios años en una abstinencia sexual imperdonable” (Martínez, 2014, p. 112). Esta situación de brindar como única posibilidad de relación un vínculo estrictamente sexual se puede entender como una estrategia deshumanizante. En el trabajo de grado doctoral ya citado se reitera que: “el continuo cambio de pareja sexual sumerge aún más a los ciudadanos entre la masa, despersonalizándolos” (Galdón, 2011, p. 82), y es así como la protagonista termina aún más sola y desilusionada, al enterarse que fue víctima de la anonimidad del mundo virtual, viéndose amenazada por el que era su amante en la red y que en la realidad acaba siendo el mejor amigo de su esposo.

En segundo lugar, se encuentra otra característica común en la distopía, que se relaciona con la pérdida de humanidad dentro de estas sociedades: existe una reiterativa intención de eliminar la historia o de hacer creer que todo pasado fue peor. Tanto en *Un mundo feliz*, como en *1984*, las noticias son controladas o directamente eliminadas para que la sociedad no sea consciente de la imperfecta y no tan íntegra realidad en la que se encuentran, garantizando que “la mayoría de los hechos históricos son desagradables” (Huxley, 1969, p. 39). En la novela de Orwell, este punto se lleva más allá cuando el Estado crea una nueva lengua: “al desaparecer la Viejalengua se habría roto el último lazo con el pasado. La historia ya se había reescrito, pero algunos fragmentos de la vieja literatura sobrevivían aquí y allá, imperfectamente censurados” (Orwell, 1949, p. 253). En *Fahrenheit 451*, encontramos, así mismo, a una sociedad que está en guerra, pero que algunos ni siquiera lo saben o no le ven importancia. En una parte de la historia, Montag, harto de tanto desconocimiento, apaga las proyecciones de las pantallas que se encargaban de distraer a unas mujeres que se encontraban en su casa y a quienes les pregunta su opinión sobre la guerra, pero

“las tres mujeres se agitaron y miraron, nerviosas, las vacías paredes” (Bradbury, 1953, p. 92). Entretanto, dentro del mundo de *El desmemoriado*, esta eliminación de la historia se hace evidente con la pérdida de memoria que empiezan a sufrir todos los habitantes por culpa del terrible sistema Babel. El no tener un pasado el cual recordar, ya sea positivo o negativo, hace que una nación sea vulnerable ante un sistema despótico y controlador. Sin memoria los seres somos máquinas que no reflexionan y que contribuyen, sin saberlo, a una degeneración de la sociedad.

La confrontación: estado vs. rebelión

Una característica muy relevante para que una distopía tenga eficacia es la presencia de una confrontación. Como ya se ha mencionado, dentro de esta categoría literaria se presenta un mundo que tiene establecido un régimen, al cual, para poder evidenciar sus falencias, es necesario confrontarlo. Es por esto que en *Un mundo feliz* hay múltiples conversaciones y situaciones que demuestran esta contrariedad; una de ellas es cuando los personajes Bernard y Lenina viajan al mundo salvaje y, aunque ella se aterra por cómo viven estos seres, Bernard exclama las siguientes palabras:

¿No has tenido nunca la sensación de que dentro de ti hay algo que solo espera que le des la oportunidad para salir al exterior? [...] Me refiero a un sentimiento extraño que experimento de vez en cuando, el sentimiento de que tengo algo importante que decir y de que estoy capacitado para decirlo; solo que no sé qué es y no puedo emplear mi capacidad (Huxley, 1969, p. 83).

Dentro de *1984*, Winston es el que empieza a resaltar los vacíos que experimenta siendo parte del sistema del Gran Hermano, es por esto que, uniéndose con su enamorada Julia, deciden ir en contra del Estado; sin embargo, un compañero del trabajo del protagonista, O'brien, los engaña fingiendo que está de su parte, este les pregunta: “¿estáis dispuestos a hacer trampas, a falsificar,

a hacer chantaje, a corromper a los niños, a distribuir drogas, a fomentar la prostitución, a extender enfermedades venéreas...a hacer todo lo que pueda causar desmoralización y debilitar el poder del Partido? –Sí” (Orwell, 1949, p. 140). Esta estrategia es utilizada para hacerlos desvariar en cuanto a si están o no en el lado correcto de la historia. En *Fahrenheit 451*, esta confrontación se da entre el protagonista Montag y su capitán al mando dentro de los bomberos: el capitán Beaty, quien aprovechando un momento de inestabilidad afirma lo siguiente: “¡qué traidores pueden ser los libros! Te figuras que te ayudan, y se vuelven contra ti. Otros pueden utilizarlos también, y ahí estás perdido en medio del pantano, entre un gran tumulto de nombres, verbos y adjetivos” (Bradbury, 1953, p. 104). Finalmente, en *El desmemoriado* esta división está claramente establecida con la formación de dos grupos:

Por un lado, estaban la etnia de los Alfas que luchaban por la vida virtual, condenaban las relaciones personales e impulsaban la muerte inminente del ser humano; por otro, estaban la etnia de los Betas, que querían volver a una vida simple, reivindicaban el contacto humano y personal [...] Mientras los Alfas defendían a toda costa la inteligencia artificial, los Betas reclamaban el retorno a la naturaleza (Martínez, 2014, p. 168).

Esta característica es utilizada con el fin de crear expectativas en la lectura, permitiendo ver que puede llegar a existir un posible derrumbamiento del poder que se critica, aunque no se asegura que vaya a suceder así.

Desenlace negativo ¿única solución posible?

Una constante dentro de las novelas distópicas es dar un final con tintes negativos. Se ha hecho otra característica representativa del género: los que iban en contra del sistema opresor son derrotados, ya sea uniéndose al mismo, huyendo o con la muerte como única opción a la alienación. En *Un mundo feliz*, es el salvaje Jhon quien, tras ser llevado al laboratorio y tras ser puesto como

objeto de múltiples experimentos, decide apartarse de toda sociedad y vivir encerrado en una ermita; empero, aun cuando ha decidido alejarse de ese sistema, este mismo lo atormenta:

era más de medianoche cuando el último helicóptero despegó. Obnubilado por el soma, y agotado por el prolongado frenesí de sensualidad, el salvaje yacía durmiendo sobre los brezos. El sol estaba muy alto cuando despertó. Permaneció echado un momento, parpadeando a la luz, como un mochuelo sin comprender (Huxley, 1969, p. 254).

En esta novela el desenlace es el suicidio de Jhon, quien fue continuamente abusado por este Estado, que privilegió más los experimentos científicos que los sentimientos y el bienestar humano. En *1984*, Winston llevaba desarrollando a lo largo de la historia una fuerte repulsión hacia cómo se manejaban las cosas en su país, pero al final de la historia cae en la trampa de O'Brien y es capturado por las fuerzas del Gran Hermano, pasando por un proceso de adiestramiento; el gobierno triunfa y Winston se rinde en su lucha: “¡qué cruel e inútil incomprensión! [...] Pero ya todo estaba arreglado, todo alcanzaba la perfección, la lucha había terminado. Se había vencido a sí mismo definitivamente. Amaba al Gran Hermano” (Orwell, 1949, p. 243). En *Fahrenheit 451*, el desenlace ofrece un poco de luz: a Montag solo le queda huir de aquella ciudad, dado a que es identificado como terrorista, y se une a un grupo de rebeldes que esperarán a que la sociedad esté lista para el cambio: “hay un tiempo para todo. Sí. Una época para derrumbarse, una época para construir. Sí. Una hora para guardar silencio y otra para hablar” (Bradbury, 1953, p. 150). Con este final se brinda un poco más de esperanza; no obstante, también se deja la duda de si este grupo podrá o no vencer a toda una política de miedo y mentiras. Por último, en *El desmemoriado*, al final, después de que todo el sistema en el que la ciudad se hallaba sumergida colapsara, todos sus habitantes se quitan esa venda de los ojos y comienzan a comprender los problemas que les causó todo este sistema virtual; a pesar de esto, en pocos días se anuncia que el sistema ha vuelto y más

fuerte que nunca, a lo que los habitantes se pronuncian de la siguiente forma: “¡volvió la vida! Gritaban en las calles mientras contemplaban cómo las pantallas en las esquinas volvían a iluminarse [...] Pitty y Manzana, por su parte, se miraron y quedaron estupefactos” (Martínez, 2014, p. 171). Este final deja cuestionando al lector sobre las decisiones que tomarán ahora los protagonistas, y es muy posible que volvieran a intentar con todas sus fuerzas ser también parte del sistema. Lo que sí es muy claro es que todo el proceso, el cual conllevó a distintas reflexiones importantes sobre la tecnología y la deshumanización, no sirvió de mucho. El propio Pitty, ya en el 2012 leyendo esta historia, confirma que “la novela es un poco pesimista”, y es que, si la distopía terminara con la derrota de lo que se le reprueba, perdería la fuerza y su intencionalidad de ser considerada una crítica social actual, convirtiéndose en una historia fantasiosa alejada de la realidad.

Teniendo claro estas características, y exponiendo que la novela analizada *El desmemoriado* cumple con todas las expectativas para poder ser considerada como distopía, se necesita entonces resaltar cuál es la importancia de que sea considerada como tal.

Entonces... ¿para qué la distopía?

Este tipo de literatura suele ser desprestigiada o tachada de intrascendente. Usualmente se ignora y no se reconoce que las novelas distópicas no hablan más que de la realidad misma y algunas, inclusive, ofrecen soluciones viables. En *Hombres y engranajes*, el autor recuerda que “nuestro tiempo es el de la desesperación y de la angustia, pero paradójicamente sólo así puede abrirse la puerta de una nueva y auténtica esperanza” (Sábato, 1956, p. 60) en un mundo caótico que siempre se ha encontrado tras dilemas y situaciones adversas; sin embargo, no se puede pasar por alto una literatura que se lleva a través de un hiperbólico futuro y muestre a la sociedad posibles consecuencias. Muchos pueden asegurar que la distopía es mera exageración y carente de utilidad,

y aun cuando nuestra realidad nunca ha llegado a ser tan oscura y perversa, como lo es dentro de estas novelas, sí que se han tenido momentos de la historia que, si se pudiera escoger, es mejor que pertenecieran solo al mundo de la ficción, pero no es así; “una obra antiutópica produce el efecto de una lente de aumento que hace visible los defectos de la contemporaneidad” (Galdón, 2011, p. 48), y es ahí donde radica la trascendencia de estas obras, porque por medio de estas reflexiones se convierte a una sociedad inerte de pensamiento en una sociedad pensante. La crítica que conlleva la distopía no es más que el reflejo de una humanidad deshecha por el mismo hombre que se ha olvidado de su rol de ser humano; por esto, no debería ser sorprendente vislumbrar un futuro que, de cierta forma, es ya nuestro presente. La evolución de nuestra consciencia se ve rantelizada por la muerte mental a la que se ha subyugado el mundo; sin embargo, no es en nuestras mentes donde morimos, sino en lo que les hacen creer a estas. Nadie puede leernos el pensamiento, ni la más alta tecnología presente o ficticiamente inventada ha logrado telepatizar al mundo entero. Es poca la información que logran sacar de nuestro cerebro, ese 95 % de materia negra restante que nos queda es a lo que llamamos consciencia, es ese porcentaje lo único que nos puede devolver al siglo de las luces moderno donde se nos es quitado el velo de la ignorancia y donde contamos con la capacidad de actuar como humanos puros y concretos, humanos que al querer acercarnos al sol solo recibamos la luz primaria y verdadera de él, la única luz que nos guíe a encontrar nuestras raíces.

Conclusión

Para qué leer un libro si todo está sintetizado en Wikipedia; [...] para qué pensar si existen miles de programas virtuales que piensan por ti.

Martínez (2014, p. 96)

A lo largo del desarrollo del presente trabajo, se han llegado a diversas conclusiones, las cuales se reúnen a continuación:

- Se puede comenzar resaltando cómo la distopía se destaca por ser una categoría literaria que se encuentra dotada de crítica social, que convierte a una sociedad inerte a una pensante, y que posibilita el diálogo sobre mundos utópicos que resultan siendo controversiales y paradójicos. En consecuencia, se rechaza el desprestigio que suele tener este género y, por lo contrario, se alienta a analizar y frecuentar la lectura de estas obras. Específicamente, dentro de la novela del autor caleño, *El desmemoriado*, el lector se encuentra frente a una de las grandes inquietudes del siglo XXI: la visible deshumanización de una sociedad cada vez más controlada.
- La deshumanización surge y se apoya en diferentes entidades. Desde el punto de vista histórico se encuentra un vínculo importante con el surgimiento de la idea de progreso, que va naciendo desde la era renacentista y que se afianza con la Ilustración; sumado, también, al sentimiento de individualidad que se apoya con el movimiento capitalista y el sentido de lo privado, provocando que todos estos raciocinios hagan que la humanidad se interese por los avances científicos y tecnológicos.
- La tecnología cumple un papel relevante al convertirse en el medio perfecto por el cual se logra una deshumanización, gracias al control social a cargo de algunos gobiernos o

personas. Es vital no caer en la falacia de suprimir estos avances tecnológicos y científicos creyéndolos culpables de la sociedad deshumanizada.

- El control social se ejerce a través de la creación de una sociedad de masas, establecida con el propósito de uniformar al grupo y hacerlo más manejable. Para esto, se reconoce el uso de un lenguaje unidireccional y, sobre todo, de los medios de comunicación como mayores instrumentos para la manipulación.
- Para reconocer una sociedad deshumanizada, estos son algunos de sus síntomas: la muerte de la naturaleza; el ser humano es convertido en una mercancía; el valor de la persona reside en su valor de cambio; el anhelo de riqueza no tiene más objeto que excitar la admiración y la envidia de los demás; el *snob* no se atreve a confiar en su opinión personal, solo desea los objetos deseados por otros, copia servilmente al ser cuyo origen social y fortuna envidia; una sociedad separada y egoísta, que no solo se deja deshumanizar, sino que también se dedica a deshumanizar al otro; un uso exclusivo de los medios tecnológicos como, por ejemplo, la brecha digital, que es la causante de múltiples desigualdades; y, sobre todo, la deshumanización se presenta con la pérdida de la historia y memoria, en un intento de suprimir cada aspecto humano de una sociedad. Se afirma, entonces, que una sociedad desmemoriada es una sociedad deshumanizada.

Para finalizar, se hace necesario una última reflexión: una situación que no debe pasarse por alto dentro de esta novela analizada es la inminente muerte del libro, tema que ha sido expuesto y considerado a lo largo de mucho tiempo; sin embargo, no se profundizará en las características que algunos autores y críticos han planteado sobre lo que es o no es un libro. Para esta ejemplificación se tomará la afirmación dada por Kant (1798), citada dentro del artículo “¿La muerte del libro?”

de la *Revista Co-herencia*, escrito por Roger Chartier: “su respuesta se distingue entre el libro como objeto material, [...] que pertenece a quien lo ha comprado, y el libro como discurso dirigido al público, cuyo propietario es el autor” (Chartier, 2007, p. 119). Siendo conscientes de esto, resaltamos cómo la novela *El desmemoriado* inicia con el personaje principal que desea leer un libro; no obstante, se encuentra con que en esa realidad la literatura ya no existe y que la única manera de leer es por medio de una aplicación que crea de forma virtual una novela a la elección del lector. Con esto, se puede afirmar que dentro de este mundo creado por Martínez el libro ha muerto de forma definitiva en cuanto a su materialidad, dado que solo se cuentan con novelas virtuales; ahora bien, ¿muere el libro también en su discurso? Por una parte, se podría decir que el libro persiste dentro de esta distopía, dado a que se pueden encontrar novelas dentro de la web, la cuestión es que estas novelas no son creaciones de la humanidad, sino que son libros resultados de algoritmos generados por máquinas. Tomando, entonces, la afirmativa de que un libro existe gracias a su discurso, a lo que ofrece en él a la humanidad, pero, sobre todo, que un libro representa al hombre en el sentido de que este es fruto de sus investigaciones, pasiones y pensamientos, se puede llegar a afirmar que esta sociedad ficticia se encuentra en un grado deshumanizador tal que no cuenta con la subsistencia de una literatura auténtica. Llevando esta problemática al contexto de nuestra realidad, el eje del asunto no está en si la literatura virtual es o no literatura, sino en cómo hacer para que esta no desaparezca entre el tumultuoso mar del internet que, como la memoria Babel, todo lo intenta devorar.

La destrucción del libro es la destrucción del hombre como humanidad. Es por esto que la mayor conclusión de este análisis se encuentra en la posible solución a esta deshumanización.

Borges nos recuerda que: “la literatura no es agotable, por la suficiente y simple razón de que un solo libro no lo es. El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables

relaciones” (Borges, 1952, p. 123). De esta forma se puede detener la deshumanización: si las novelas en un futuro son solo leídas por medio de resúmenes y videos, y son olvidadas las obras originales, sino se vuelve al autor original de la obra, sea por el medio que sea, los libros pasarán a ser reducidos a páginas web, por esto es necesaria y vital esta comunicación directa. El mismo autor de la obra nos brinda una salvación:

Mi amor, ¿qué es esto? Son los ojos. ¿Para qué sirven? Para ver el mundo. ¿Esto qué es? La nariz. ¿Para qué sirve? Para oler los humores del mundo. ¿Esto qué es? Son las orejas. ¿Para qué sirven? Para oír la música del mundo. ¿Esto? La boca. ¿Para qué sirve? Para degustar los sabores del mundo. ¿Esto qué es? Los senos. ¿Para qué sirven? Para alimentar al mundo ¿Esto? La vulva. ¿Para qué sirve? Es el origen del mundo. (Martínez, 2014, p. 166)

Hay que volver al origen, a la raíz de las obras, y hay que pensarlas, debatirlas. Debemos añadirle el factor humano a la virtualidad, tomar la decisión de ser conscientes y no ignorar que la deshumanización existe y es obra de nosotros mismos. En nuestro deber está que en el 2068 nuestra sociedad no se parezca a lo pronosticado por el autor caleño, sino que, como es clara su intención, logremos construir un mundo que nos acerque cada día más a responder lo incuestionable, que es precisamente lo que siempre debemos tener claro.

Gracias a usted, distópico lector, por atreverse a recordar sus raíces y nuestras raíces con nosotras.

Referencias

Asimov, I. (1969). *Isaac Asimov. Los mejores relatos de ciencia ficción*. Bogotá: Editorial Printer Colombia Ltda.

Berman, M. (1982). *Todo lo solido se desvanece en el aire*. Ciudad de México: Siglo veintiuno editores. Versión digital recuperada el 9 de julio del 2019 de

<http://pdfhumanidades.com/sites/default/files/apuntes/66%20-%20Optativo%20-%20Berman%20%20Todo%20lo%20solido%20se%20desvanece%20en%20el%20aie%20%20%2844%20copias%29.pdf>

Bradbury, R. (1953). *Fahrenheit 451*. Versión digital recuperada el 8 de agosto de 2020 de http://www.librosdearena.es/Biblioteca_pdf/fahrenheit%20451.pdf

Capanna, P. (1966). *El sentido de la ciencia ficción*. Buenos Aires: Editorial Columba. Versión digital recuperada el 29 de enero del 2020 de <https://molicarbajal.files.wordpress.com/2015/06/capanna-pablo-el-sentido-de-la-cienciahttps://molicarbajal.files.wordpress.com/2015/06/capanna-pablo-el-sentido-de-la-ciencia-ficcion.pdf>

Chartier, R. (2007). *¿La muerte del libro? Orden del discurso y orden de los libros*. Coherencia, Vol. 4, pp. 119-128.

Curran, J., Gurevitch, M. y Woollacott, J. (1977). *Sociedad y comunicación de masas*. Londres: The Open University Press.

Galdón, A. (2011). *Nineteen eighty-four de George Orwell como influencia en obras de la cultura de masas-V for Vendetta y 2024- (tesis doctoral)*. Universidad de Castilla la Mancha, Albacete, España.

Homero. *La Odisea*. Instituto Latinoamericano de la comunicanción educativa ILCE. Versión digital recuperada el 18 de agosto de 2020 de

<http://vivelectura.com/omeka/files/original/10/16/Odisea.pdf>

Huxley, A. [1932] (1969). *Un mundo feliz*. Barcelona: Random House Mondadori.

Kafka, F. (2009). *La metamorfosis*. Barcelona: Editorial Norma S. A.

Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*.

Barcelona: Editorial Anagrama. Versión digital recuperada el 12 de mayo de 2020 de

<http://catedratos.com.ar/media/lipovetsky-La-era-del-vacio.pdf>.

Martínez, F. (13 de abril del 2020). *Breve historia de una pandemia*. El Tiempo. Recuperado de [https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/fabio-martinez/breve-historia-de-](https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/fabio-martinez/breve-historia-de-una)

[unahttps://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/fabio-martinez/breve-historia-de-una-pandemia-columna-de-fabio-martinez-483984](https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/fabio-martinez/breve-historia-de-una-pandemia-columna-de-fabio-martinez-483984)

Martínez, F. (2003). *Pablo Baal y los hombres invisibles*. Cali: Editorial Universidad del Valle.

Martínez, F. (2010). *Un habitante del séptimo cielo*. Cali: Editorial Universidad del Valle.

Martínez, F. (2014). *El desmemoriado*. Granada: La mirada Malva.

Ortega y Gasset, J. [1929] (2010). *La rebelión de las masas*. Ciudad de México: La Guillotina.

Prados, A. (2001). *Cultura tecnológica y sentido de lo sagrado*. Revista De La Universidad De Montevideo. Versión digital recuperada el 03 de mayo de 2020 de

<http://revistas.um.edu.uy/index.php/revistahumanidades/article/view/21>

Real Academia Española. (2002). *Diccionario de la lengua española* (22a ed.).

Sábato, E. (1951). *Hombres y Engranajes*. Versión digital recuperada el 2 de julio de 2019 de http://biblio3.url.edu.gt/Libros/2012/LYM/homb_engSaba.pdf

Vargas Llosa, M. (2012). *La civilización del espectáculo*. Barcelona: Penguin Random House.

